

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

La Novela Semanal Cinematográfica



EL  
TRIUNFO  
DE LA MUJER

POR

SÉVERIN MARS

UNA PESETA

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 17 - BARCELONA

|||

# EL TRIUNFO DE LA MUJER

LA OBRA PÓSTUMA DEL INSIGNE  
TRÁGICO E ILUSTRE ESCRITOR

SEVERIN-MARS

LA OBRA DE TESIS QUE  
HA CONMOVEDO AL  
MUNDO ENTERO

AC

Joaquín Horta, impresor  
Gerona, 11 - Barcelona

# EL TRIUNFO DE LA MUJER

PRESENTACIONES DEL



MARCA REGISTRADA

CLASIFICACIÓN : "SUPERFILMS"

COMERCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS  
(POR CONTRACCIÓN COMERCIAL)

C. I. E. C.

CENTRAL : ARAGÓN, 231 BIS - BARCELONA

ADAPTACIÓN LITERARIA DE TÍTULOS : "RENZO"

---

Prohibida la  
reproducción

---

Argumento de la película de dicho título

---

I

## LOS PERSONAJES

Inclinado sobre la mesa de su despacho, el marqués de Du Halt escribe a su íntimo amigo el doctor Drouot. Dolorosamente atormentado por la ruina, que acaba de sepultarle en las cárceles de la angustia, el Marqués refiere el último episodio que lo ha hundido sumiéndole en las torturas del miedo a la miseria. De

cuando en cuando alza su testa llena de serenidad y medita acerca de los azares de su vida. En su rostro de líneas nobles, de blanca y espesa barba que a veces cardan sus manos, no se trasluce la inquietud. Parece tranquilo, seguro, confiado, como si sus ojos descubriesen ya los nuevos caminos que se le ofrecen; y la pluma que sostienen sus dedos va trazando las palabras reveladoras del peligro que se cierne sobre la antigua casa de los Du Halt.

*"Mi querido amigo — escribe —: he consumado mi ruina. Después de perder lo último que me quedaba de mi fortuna, animado por la esperanza de rehacerme, contrae un préstamo de 100.000 francos con nuestro vecino el Barón de Camajo; pero la suerte no quiso favorecerme."*

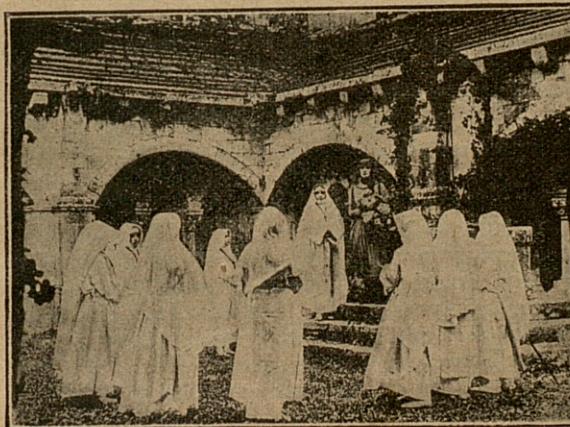
*Tarde o temprano el suicidio será mi último recurso... Sólo me detiene el temor que me produce la suerte de mi esposa y de mi hija..."*

La voz de un criado, que entra en el despacho, interrumpe a Du Halt. Con sorpresa penosa el Marqués lee la tarjeta que le anuncia la visita de Romualdo de Camajo. Un instante siente que el destino va a descargar sobre él su último golpe. ¿Vendrá el Barón a reclamarle su deuda?... Vacila su cuerpo al intentar levantarse para salir al encuentro del acreedor; pero al fin se recobra y con altiva confianza abandona el despacho.

El marqués de Du Halt era un hombre de figura prestante, siempre erguido en el coturno de su nobleza. Tenía la elegancia innata, el gesto abierto y frío, la sobriedad de ademán y la mirada inexpresiva de los hombres a quienes

la vida nada les negó desde su cuna; y ahora cuando la desgracia lo amenazaba, parecía dispuesto a todo antes que claudicar con la miseria.

La hija del Marqués, María Luisa, era una encantadora jovencita sin prejuicios de raza; de las fuentes del bien que alumbró su alma,



Todos los días acudía a un convento próximo,...

fluía el agua clara de las virtudes teologales. Aunque vivía enteramente para sí, su egoísmo exornábase con las galas de unos sentimientos firmes que la predisponían al sacrificio. De una belleza exquisita, depurada en el crisol de su sangre noble, y de una elevada distinción espiritual, ni el homenaje de los hombres rindiéndose a sus encantos ni los favores de la

fortuna pudieron evitar que su pensamiento, cultivado por ideas fecundas de amor religioso, se volviera hacia el mundo en busca de aliados. Desde muy joven habíase dado a un sueño místico de renunciación y esperaba encauzar su vida por los senderos que siguen las doncellas consagradas al Señor.

Todos los días acudía a un convento próximo, donde sus dulces moradoras iban preparándola para los desposorios con el buen Jesús; y la paz recogida del convento, la apacible existencia de las monjas y las tranquilas alegrías del claustro, fundían su espíritu disolviéndolo en la atmósfera de aquella casa en la que sólo se vivía para el murmullo de las pláticas y el rumoreo de los rezos.

En su palacio, el marqués de Du Halt, después de recibir la visita del Barón, se dispuso a concluir su carta al doctor Drouot. Ya no era triste la expresión de su rostro. Despejada su frente por una gran esperanza, presentía que los peligros que lo amenazaban iban a desvanecerse y que él no sería arrumbado como un despojo...

...Humedeció la pluma y siguió escribiendo:

*“...No podía sospechar lo que acaba de suceder. Figúrate, mi buen amigo, que Camajo ha venido a pedirme la mano de Luisa... Esta boda sería mi salvación...”*

Horas después, el doctor recibía la carta del Marqués. Unido de antiguo a Du Halt por una amistad sincera, su confesión le produjo un efecto penoso, que se hizo más triste accordándose de María Luisa, su ahijada.

Estaba en el jardín de su casa y esperaba

precisamente a la hija de Du Halt, que solía visitarlo con frecuencia.

Volvióse de pronto y sonrió a María Luisa que, como lo esperaba, venía a saludarle.

—¿Qué me cuentas de tus monjitas? — le preguntó.

—De verlas vengo — dijo Luisa —. He decidido profesar antes de la primavera próxima.

—Pero has pensado en serio lo que vas a hacer?

—Mi vocación es firmísima, padrino... Lo he pensado mucho y sólo vistiéndo las tocas de las hermanas y haciendo su vida de penitencia y oración, viviré a gusto.

—Y no comprendes que tu juventud ignora aún lo que es el mundo y que es locura recluirse sin conocerlo, exponiéndote a que algún día, tarde ya, te sientas atraída por él?

—Sé del mundo lo bastante para desejar abandonarlo.

—No digas eso, mi querida niña... Vamos a ver. ¿No crees más mérito el sacrificio del que se mantiene puro sirviendo de ejemplo a los demás que el del que huye a ocultarse entre las paredes de un convento?

Luisa guardó un silencio atento. Ella no sabía que el combate de la vida la reclamase para que pusiera en juego las armas de su bondad. Ella sólo sabía que la vida conventual placíale como un destino amable lleno de promesas.

Un jardinero acercóse al Doctor.

—Uno de los nuestros acaba de herirse retorciendo los rosales — dijo.

—Voy en seguida... Perdóname, Luisa. Te dejo; volveré pronto.

La hija de Du Halt esparció sus miradas en torno. En una mesita del jardín Drouot había dejado la carta del Marqués. Fijóse en ella, y sus ojos tropezaron con unas palabras terribles. Precipitadamente cogió la carta y se puso a leerla.

*“...Tarde o temprano el suicidio será mi último recurso .....*

*Esta boda podría ser mi salvación...”*

Volvió sobre estas dos frases. Las leyó varias veces. En su alma encendióse una luz nueva. Recordó la conversación con su padrino. ¿Debía entonces renunciar a sus sueños y arrojarse en medio del tumulto de la vida de sociedad?... Su primer impulso fué el de renunciar a sus deseos y salvar a su padre accediendo al matrimonio que se le iba a proponer. Quiso, sin embargo, antes de decidirse, asesorarse del consejo de las monjas, y se dirigió al convento...

El espíritu de sacrificio, que era la fuerza que encauzaba su voluntad, poseíala por entero, y María Luisa expuso a la Madre Superiora la nueva orientación que daría a su vida.

—Pero no sé si haré bien, Madre — dijo—. Necesito para decidirme que vuestro consejo me fortalezca.

—Pues no dudes, hija mía. Tu camino está trazado. Acepta el sacrificio y así honrarás a tu padre y serás grata a Dios.

Convencida de que su destino le abría rutas imprevistas hasta entonces, Luisa llegó a su casa y entró en el despacho del Marqués, el cual transmitióle la petición de Camajo.

—¿Qué decides? — le preguntó.

Temblábale la voz a Du Halt. La determi-

nación de su hija podía librarle de las garras de los acreedores asentando de nuevo su vida en los cómodos carriles de la holgura.

—Yo no contrariaré en modo alguno tu voluntad — añadió—. Pero este enlace puede hacer tu felicidad... y puede salvarme de la ruina.

Haciendo un gran esfuerzo, María Luisa exteriorizó un entusiasmo que estaba lejos de sentir.

—Estoy encantada, papá... Hasta hoy no supe darme cuenta de que mi puesto estaba en el mundo y soñaba con la existencia apartada del convento. Ahora veo que también puedo ser feliz casándome... Dile al Barón que me hallo dispuesta a ser su esposa.

Dijo esto entre risas, como si realmente le alborozase la idea de prometerse a Camajo. Mas aquella noche, al encontrarse en la soledad de su alcoba, sintiéndose débil para sostener el peso de la cruz que voluntariamente echaba sobre sus hombros, postróse a los pies de un crucifijo y sollozó:

—¡Dios mío! Yo sólo te amaba a ti y ahora, por amarte, debo renunciar a las dulzuras de la vida conventual y consagrarme a un hombre. ¡Tendré fuerzas para sostenerme en tu amor al cambiar de vida? ¡Ayúdame, mi Dios!

\* \* \*

A poca distancia de la mansión del marqués de Du Halt erguiese recortando sus líneas severas sobre el fondo verdinegro del campo el castillo del conde de Horoga, hombre extraño, hosco y repelente, cuya vida, reglada por los dictados de su conciencia, había roto con

las limitaciones artificiosas de la etiqueta anexas a su alcurnia, para fortalecerse a solas, robusteciendo su personalidad en una existencia campesina, libre y alta, sin otras trabas que las que él a sí mismo se imponía.

Orgulloso, con ese orgullo que no es otra cosa que la revelación del sentido de la propia dignidad, alto, fuerte y adusto, el Conde administraba su hacienda, conviviendo con sus servidores y sosteniendo con ellos unas relaciones de camaradería fiscalizadas por el cumplimiento estricto del deber.

Era su castillo como una fortaleza y en sus amplias estancias el vigor de su dueño destacabase entre la austereidad de los muebles y los viejos cuadros reveladores de un pasado heroico.

Rondaba los cuarenta y cinco años y su vida era un vivo ejemplo de laboriosidad infatigable y entusiasmo por todos los seres, sin que la expansión nunca ostentosa de su cordialidad amenguase el valor de su conducta. Se vio consigo mismo también lo era con los demás, y nada ni nadie pudieron doblegar en tiempo alguno la rudeza de su energía ni menos aún el imperio de las normas morales con arreglo a las cuales obraba.

Acercábase la noche. A través de las amplias ventanas de la habitación en que se encontraba Horoga, alternando la lectura con los cuidados y afanes de las labores del campo, entraban las primeras sombras. Por el cielo extendíanse las tintas malvas del crepúsculo. El sudario de la noche comenzaba a cubrir la tierra.

Horoga acercóse a una ventana y miró ha-

cia el campo, del que se alzaba esa neblina que respiran los prados al morir el sol. Sus ojos se aguzaron horadando la oscuridad y golpeó con impaciencia el suelo.

—Nada, no llegan — dijo.

A pasos lentos, con los que intentaba reducir su irritación, anduvo por la estancia... Volvió a mirar al campo solitario. Otra vez dijo palabras duras.

—Esos granujas... ¿Dónde se habrán detenido?

Violento y furioso descendió los escalones que conducían al hogar, donde se encontraba siempre alguno de sus servidores.

—¡Riccooo! — llamó.

Un hombre recio, que se hallaba cerca de una chimenea bajo cuya campana quemábanse unos troncos de encina, volvióse al oír que lo llamaban.

El Conde se dirigió a él. Se había entenbrecido su semblante y en sus ojos fulguraba una luz de indignación.

—¿Por qué no ha llegado aún el ganado? — inquirió Horoga de su servidor.

Ricco encogióse de hombros con indiferencia.

—Si cierra la noche y los toros no están aquí, tuya será la culpa.

—Mía, no. Yo di las órdenes... Si no me han hecho caso, ¿qué quiere que le haga?

El Conde crispó los puños. Sus labios temblorosos de ira se descompusieron en una torcedura cruel para decir:

—Sois unos brutos. Tuya es la obligación de que el ganado se encierre temprano.

Oyéndose insultar, Ricco tuvo un gesto de cólera.

—Yo sé mi obligación — dijo.

—Tú eres una mala bestia y no sabes nada.

El criado se irguió poniéndose frente a su amo, y éste, bruscamente, perdida su serenidad por la actitud agresiva de Ricco, se abalanzó a él y lo zamarreó.

Ricco quiso defenderse y agredir a su vez, pero los puños del Conde eran más fuertes que los suyos y quedó reducido a la impotencia después de ser golpeado.

El Conde de Horoga era un tipo representativo de otras edades. Había en su alma aientos de señor feudal, y al hacer uso de su fuerza y de su poder nunca se detenía hasta dejar bien impuestos los fuyeros de su voluntad.

\* \* \*

Siguiendo el camino de la ciudad, a un kilómetro de distancia del castillo de Horoga, vivía, rodeada de un lujo magnífico, una mujer de belleza sugestiva como el pecado y peligrosa como una tentación. En su rostro ardían la boca roja y los ojos negros, y era su cuerpo, armonioso y ágil.

...Se llamaba Isabela y en su alma de mujer maldita, sucia por el vicio y marcada por el estigma de las pasiones más bajas, el crimen tenía un altar.

Era su casa lugar donde se citaba una turba siniestra de gentes encanalladas, de hombres llenos de lacras y mujeres envilecidas.

Isabela presidía estas reuniones en las que el vino y la lascivia recitaban su canto demoníaco, y era ella la que daba la pauta de estas fiestas de escándalo, obscuras como la noche, turbias como las aguas encharcadas y torpes como el delito.

Ya había comenzado la fiesta, cuando la madre de Isabela, vieja con trazas de bruja, sarmientosa y proterva, dió una voz de alarma.

—Horoga se acerca!

Entre los mangantes se produjo gran confusión. Pilotados por la vieja fueron escurriéndose. Instantes después, al entrar el Conde, Isabela hallábase recogida en una actitud de doncella oyendo la lectura de un libro religioso del que un truchimán, disfrazado de sacerdote, iba diciendo las palabras que exaltan la castidad, la modestia y la pureza de las almas.

Enamorado de Isabela, el Conde desconocía el secreto de su vida, y su fe en esta mujer, sostenida mediante el engaño, aumentaba al encontrarla abstraída en la meditación de las palabras santas.

Ella surgió un día en su camino y él, atribuyéndole un alma análoga en belleza a su cuerpo, la amó con un entusiasmo limpio de malos pensamientos.

Al verla ahora en su fingido recato pensaba en la gustosa amistad que le llevaba hacia ella. El cuadro ingenuo que se ofrecía a sus ojos puso en su espíritu una dulce caricia. Alboreo el contento en su rostro de facciones duras. Para él la farsa a la que asistía era la expresión más elocuente del carácter y de las costumbres de Isabela.



—Lo de siempre, señor Conde... Una vez más he de felicitáros por haber puesto vuestro amor en Isabela.

La vieja aproximóse al Conde con su cara curtida por la malicia y llena de una sonrisa humilde.

—Véala, señor Conde... La pobrecita mía no piensa en otra cosa que en usted y en sus oraciones. ¡Es un ángel!

Horoga asintió complacido y avanzó hasta Isabela, a la que besó en la frente.

—¿Cómo estás?

Con una vocecilla suspirosa, Isabela contestó:

—Adiviné que hoy vendrías a verme y he acertado. ¡No sabes cuánto te agradezco tu visita!

—A ti es a quien tengo yo mucho que agradecer, porque desde que te conozco mi alma se ha elevado a regiones que desconocía. Cada vez que vengo a verte, al marcharme siento la necesidad de ser mejor y de amar a los hombres.

La miró devotamente, con las pupilas, luminosas y alegres, reflejando la imagen de la joven.

—¿Y usted qué me dice? — preguntó volviéndose hacia el sacerdote que suponía padre espiritual de la mujer que amaba.

—Lo de siempre, señor Conde... Una vez más he de felicitáros por haber puesto vuestro amor en Isabela. Nadie como ella tan digna de vuestro cariño.

—Lo sé mejor que vos, padre... Bueno, me voy. Adiós, Isabela. Contigo han renacido en mí esperanzas que creía muertas. ¡Que Dios te bendiga!

Luego, dirigiéndose al clérigo, añadió:

—Es el último amor de mi vida. Llegué a

la vejez sin haber amado verdaderamente y dudando de todo... Y ella se me apareció para regalarme con la alegría de una ilusión.

No bien traspuso los umbrales de la casa el Conde, Isabela dió un salto, rióse a toda boca y abrazó al cura, que arrojó lejos el libro de oraciones. La vieja bruja lanzó también su risa astrosa, y esta trinidad sacrílega y lamida por el vicio, burlóse de la credulidad del buen Horoga.

— ¡Qué idiota es! — exclamó Isabela.

— ¡Y habla como si el mundo no tuviese secretos para él! — añadió su amigo.

— ¡Valiente estafermo!... Pero hay que andarse con cuidado, mi niña. Es muy rico y te enterrará en oro... Conviene no espantar lo —dijo la vieja.

Y mientras Horoga, con el alma abierta a la esperanza, puesta toda su fe en el amor de Isabela, caminaba bajo el cielo azul que empezába a cuajarse de estrellas, en casa de la mujer a la que honraba con su cariño, reanudábase la aventura interrumpida de la fiesta.

Cautivo de la belleza de esta flor de podredumbre, hallábase Bernardo, uno de los servidores predilectos del Conde. Isabela, insaciable en sus deseos, había sentido, viéndolo en cierta ocasión, el capricho de secar su juventud estrechándola entre sus brazos, sorbiéndola con sus besós, y el criado de Horoga, ingenuo y crédulo, la amó con todo el fervor de que eran capaces sus años mozos.

Como su amo, Bernardo desconocía el secreto de las fiestas obscenas que organizaba su amante e ignoraba además la pasión que por ella sentía el Conde. Confiado como un niño

al que de pronto se sorprende con algo que desea desde hace tiempo, entregóse a Isabela con toda su alma y la quiso por bella y la quiso creyendo en su bondad, sin advertir que sólo el capricho fué lo que la guió a ella al prenderlo en la red de sus caricias.

Concluidas sus faenas, Bernardo encaminábase todos los días a casa de su amada, con la que solía pasar algunas horas dedicado a cultivar su ansia por esta mujer deliciosa que, dándose todo, nada le había pedido. Pero aquella tarde se retrasó y presentóse a ella poco después de marcharse el Conde y cuando la bacanal alcanzaba su máximo grado de loca turbulencia.

— Ahí tienes a Bernardo — dijo la vieja a su sobrina viendo que el mozo se acercaba a la casa.

Isabela salió a su encuentro.

— ¡Qué sorpresa, querido!... Creí que hoy no venías.

Le enlazó los brazos al cuello mirándolo, zalamera y codiciosa.

— ¿No me dices nada?

La puerta había quedado entreabierta y el servidor de Horoga divisó el grupo de los amigos de Isabela.

— Pasa, anda — le dijo ella.

Instintivamente él se hizo atrás rompiendo el lazo que le unía a la mujer.

— ¿Qué es eso? — preguntó con asombro señalando al interior de la casa.

— Son amigos míos. ¿No los conocías?

Bernardo volvió a mirar y el espectáculo se esclareció, descubriendo parejas de hombres y de mujeres que se acariciaban torpemente.

—Pero tú ¿quién eres?

—¿Acaso me ves hoy por primera vez?  
Ella suponía que siendo un regalo su cariño,  
Bernardo transigiría con sus costumbres.

—¡Ah, mala mujer! Me has engañado.

—No digas tonterías, querido. No tienes de-  
recho a enfadarte.



—No digas tonterías, querido. No tienes derecho a en-  
fadarte.

El comprendió entonces la condición de Isabela. El negro fondo de su vida mostrósele en su hedionda significación. Lleno de estupor veía cómo se arrastraban las larvas de la luxuria y se le antojó que sus pulmones se envenenaban respirando la atmósfera infecta de aquel lugar envilecido donde él había alimen-  
tado un sueño de amor.

—¿Por qué me engañaste? — volvió a pre-  
guntar.

Ella se rió sin comprenderlo.

—Tú — añadió Bernardo — sólo eres una  
mala mujer, una criatura de pecado y maldi-  
ción...

—Cállate y entra. Me parece que no estás  
bueno.

—...¡Diré a todos la verdad de tu vida! — exclamó el mozo furiosamente. — Divulgaré  
tus monstruosas costumbres y haré que te arro-  
jen de aquí como se arroja a un perro...

Huyó sin que ella pudiese retenerlo y co-  
rrió, con el alma lacerada por el desengaño,  
hasta llegar al castillo de Horoga.

Una profunda tristeza se apoderó de él. Mi-  
raba delante de sí y creía seguir viendo el as-  
pecto de las gentes que reían y gritaban en la  
casa a donde él acudiera tantas veces temblo-  
roso de emoción...

Ricco advirtió la pena de su compañero y  
le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¡Qué me ha de pasar!... He ido a ver  
a Isabela y he descubierto que su cariño lle-  
gaba a mí después de mancharse en los bra-  
zos de otros hombres.

—¿Ahora té enteras?... Pues ya hace tiem-  
po que es la amiga del amo.

—¿Qué dices? ¿Es posible que él se deje  
engañar por esa mujer?

—Cuéntale lo que has visto y verás cómo se  
pone.

—No importa; se lo diré. ¡Debo decírselo!

—¿A que no te atreves?

Por toda respuesta Bernardo dirigióse a las

habitaciones particulares de Horoga, que lo acogió con su peculiar rudeza, contradiciendo el tono desabrido de su voz con la simpática afición que sentía por su criado.

—¿De dónde vienes?

El Conde lo hizo sentar, puso entre sus labios un cigarro y le apoyó las manos en los hombros.

—Cuenta, ¿qué pasa?

—Quería decirle que... los toros ya han entrado en la finca y que...

—Me alegro que hayas venido a decírmelo — le interrumpió Horoga. — Hace un momento estuve brusco con Ricco creyéndole culpable de que se retrasase el regreso del ganado... Le pediré que me perdone. ¡Ay del que no sabe humillarse ante aquél a quien ha hecho víctima de una injusticia!

Desarmado por la lealtad del Conde, Bernardo no se atrevió a descubrirle la ignominia de la vida de Isabela, y juntos amo y criado fueron a reunirse con los demás servidores del castillo.

El Conde acercóse a Ricco y le tendió la mano.

—He sido injusto contigo — proclamó en voz alta para que todos le oyesen. — Perdóname. Te ruego que olvides mi violencia. Como reparación a mi brutalidad te ofrezco mi mano y te ofrezco el mejor de mis toros como regalo.

Un murmullo de admiración encerró dentro de un círculo de entusiasmo al Conde y a Ricco. La valentía de aquel amo, severo y justo, que tenía el valor de confesar sus culpas, fué para los humildes servidores la revelación de

la superioridad de Horoga, y todos ellos sintieron algo así como un deseo de humillarse delante del hombre altivo y recto a quien servían.

Y la mano de Ricco aceptó la mano del Conde, aceptando también la dádiva, entre el rumor de las palabras cordiales con que sus compañeros quisieron felicitarle.

## II

### COMIENZA EL DRAMA

La hija del Marqués de Du Halt, dispuesta al sacrificio para salvar a su padre, quiso hacer su acción más meritoria fingiendo por el Barón un amor que no sentía, y humilde y sonriente aceptó el homenaje de Camajo, lo oyó simulando alegría y aparentó amarle desde el primer momento.

El Marqués, satisfecho del fin de sus torturas, no supo darse cuenta del suplicio que sufría su hija, a la que le repugnaba su prometido, hombre rollizo y jocundo, excesivamente aficionado al champagne y un poco imbécil.

Todos ignoraban el tormento de la joven, la angustia de sus noches, las lágrimas que vertía cuando se encontraba a solas. Aislada con sus penas, Luisa lloraba inmensamente, y a Dios, que era su fuente de consuelo, acudía

en sus tribulaciones demandándole fuerzas para soportar el martirio que se había impuesto.

Du Halt, complacido del buen desenlace que había tenido su mala fortuna, despedíase todas las noches de su hija con las mismas palabras.

—Buenas noches, señora Baronesa de Camajo.

Y ella, ocultando su amargura, simulaba un saludo cortesano.

—Buenas noches, señor Marqués.

Pero nadie sabía ver las lágrimas que asomaban a sus ojos y nadie penetraba en la intimidad de sus horas solitarias regadas por el llanto.

Siguieron su curso los sucesos, sin que incidente alguno viniese a perturbarlos.

Firme en su decisión, con el alma puesta en el deseo de vencer su resistencia al matrimonio, ya que con él evitaría la ruina y el suicidio de su padre, siempre presente en su imaginación desde que leyó la carta escrita por Du Halt al Doctor Drouot, Luisa esperaba la hora de su enlace con un temor que aterraba sus noches, aunque segura de sí misma no pensase retroceder.

Llegó el día de esponsales, que se celebraron en el palacio con una magnífica fiesta.

Hasta el castillo en el que Horoga vivía recluido, llegó el rumor de la música, que se escanciaba por las ventanas abiertas de la mansión del Marqués sobre los campos silenciosos.

El Conde disponiérase entonces a sentarse a la mesa con sus servidores. Le sorprendió la alegría de sus vecinos y dijo:

—Parece que los Du Halt se divierten...  
¿Qué les pasa?

—Hoy se celebran los esponsales de la hija con un acreedor — explicó uno de los criados.

Callóse Horoga, pero su pensamiento se lanzó hacia el palacio de Du Halt. La idea de una venta infame le turbó...

Seguían llegando las melodías de la orquesta, que desgranaba sus notas en la noche, llenando el paisaje de resonancias, como si alguien estuviese deshojando sobre la tierra una flor estelar de hojas armónicas.

En el palacio la fiesta encendía todos los rostros y alegraba con el canto de la risa todas las bocas. El Barón iba de unos invitados a otros aceptando copas de champagne.

Maria Luisa observó a su prometido, vió su manera de beber y su sensibilidad fué sacudida por una repugnancia inaudita ante la idea de ser la esposa de aquel hombre.

—¡Dios mío! — exclamó — que difícil es vivir en el mundo! ¡Cuánto mejor sería vivir sola en tu reino!

Sintióse vacilar. Un asco hiriente lastimaba sus nervios y cada vez que miraba al Barón, al advertir su rostro tumefacto, su sonrisa de borracho y sus ojos de párpados enrojecidos, le aterraba como un horror la promesa que había hecho de unirse a él.

—¡No, nunca! — gimió. — Todo antes que ser suya.

No pudo más. Comprendió que le resultaría imposible casarse con Camajo, y, llegándose a él, le dijo:

—Siento que no podré amarle nunca y le ruego que me devuelva la palabra que le di.

El dudó de lo que oía, mas ella no se lo repitió.

Ahora parecía que lloraban los violines de la orquesta. Pasaban por los salones los invitados trazando la figura reptante de una danza...

Horoga prestó oído a la música. Sí, la orquesta parecía lamentarse de alguna pena muy honda, de la tristeza infinita de un alma encadenada por el dolor.

El Conde levantóse de la mesa y subió a sus habitaciones.

—Ese imbécil de Du Halt — se dijo — está efectuando una venta indigna... Por eso no me invitó. Conoce de sobra mi carácter.

Fué hasta una ventana y dirigió su mirada hacia el palacio. Detrás de sus paredes acaso una joven, cubierta con los arreos de una víctima propicia, estuviese llorando la muerte de su corazón, obligado a exprimir sus esperanzas porque un padre estúpido y canalla prefería a su miseria la inicua transacción en la que una hija podía ser el precio de una vida muelle.

Horoga sumióse en una intensa meditación. Paseóse a lo largo de la estancia. Pensaba, pensaba...

...Sus manos abrieron las hojas que cerraban un armario de madera tallada. Cayeron algunos libros. El Conde anduvo buscando entre la biblioteca que llenaba los estantes del armario hasta encontrar un papel, que desdobló y leyó. Era un recibo que decía así:

*"Por la presente me comprometo a devolver al Conde de Horoga la suma de 100.000 francos el día 29 de Marzo."*

Y firmaba: "Du Halt".

Guardóse el papel en un bolsillo y dijo:

—Esta será mi invitación.

Echóse a los hombros un pasa-montañas y salió del castillo.

Cuando el Conde llegó al palacio del Marqués, un criado intentó oponerse a que entrase.

—Debo decirle que es obligatorio el traje de etiqueta — le indicó.

Horoga apartó de un manotazo al que se atrevía a interponerse en su camino y entró en los salones donde se hallaba Du Halt, en el instante en que éste, prevenido por un lacayo de la presencia del Conde, decía:

—¿A qué vendrá ese espantajo?

La presencia de Horoga selló los labios del Marqués, y el Conde con ademán rotundo y voz hiriente, dijo:

—Este espantajo sólo viene a cobrar su factura. Es lo único que le interesa.

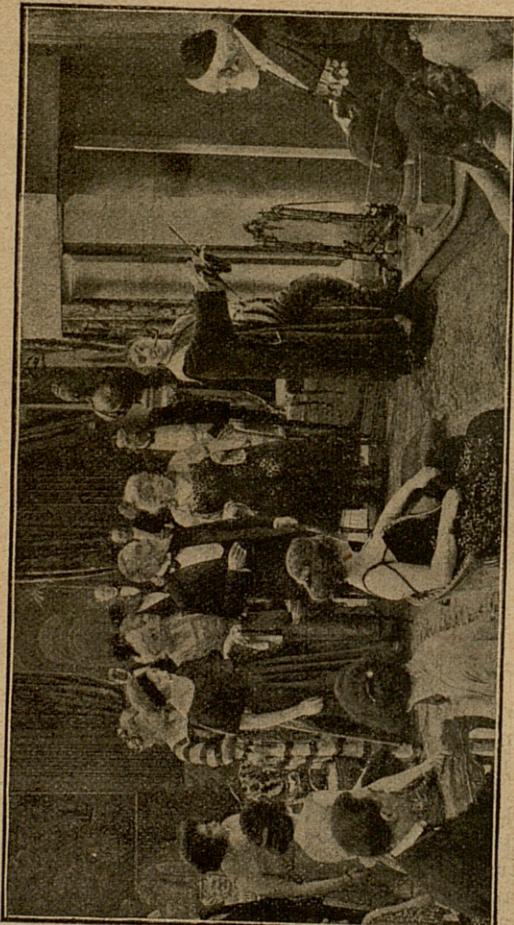
Y ante el asombro de los invitados, mostró al Marqués el recibo de su deuda.

Du Halt levantóse venciendo la debilidad que le había acometido al verse afrentado frente de sus invitados.

—Tened la bondad de acompañarme, Conde — balbuceó.

Salieron juntos. María Luisa los siguió, ocultándose detrás de un tapiz que caía sobre la puerta del despacho de su padre.

Sentóse Du Halt y esperó a que Horoga ha-



—Este espantajo sólo viene a cobrar su factura.

blase. Vencido por la inesperada y súbita presencia del Conde en sus salones, Du Halt sentíase sin fuerzas para defenderse.

Manteniéndose en pie, corroído por el agua fuerte del desprecio, Horoga comenzó por decir:

—Ya que es usted tan miserable que vende a su hija, sirva al menos el dinero de esa odiosa operación para pagar sus deudas.

—Sois injusto conmigo — repuso el Marqués con palabra temblorosa.

—No lo creo; si lo creyese no me lo perdonaría nunca.

—Pues yo os digo que no intenté violentar la voluntad de mi hija. Ciento que sin su boda, para salir de mi espantosa situación no me quedaba otro recurso que el suicidio. Pero si no estuviese convencido de que ella ama al Barón, tened la seguridad de que sabría morir antes que venderla.

Oculta detrás del tapiz, Luisa sintióse herida por un lanzazo de miedo oyendo a su padre.

—Lo que veo — dijo Horoga — es que su hija sabe sacrificarse hasta el punto de ahogar su dolor para no mortificarle... Por mi parte quiero tener la conciencia tranquila... y por si de mí dependiese voy a evitar el sacrificio de esa joven.

Y el Conde devolvió a Du Halt el recibo de su deuda.

El gesto de Horoga produjo en Luisa una profunda impresión, y el ejemplo de aquella alma grande le dió nuevas fuerzas para seguir su calvario.

Saliendo de su escondite volvió a los salo-

nes en busca de Camajo, que andaba desolado, sin comprender aún por qué ella le había pedido que le devolviese su palabra.

—Supongo que no se acordará de lo que antes hablamos — le dijo. — Fué una prueba, nada más... ¡Un capricho!... Sigo dispuesta a ser su esposa.

Sin esperar a lo que él hubiese querido decirle, volvió sobre sus pasos y encontróse con Horoga, que acababa de salir del despacho de su padre.

El y ella se miraron un instante.

De pronto Luisa se inclinó, cogió una de sus manos al Conde, puso en ella un beso y huyó apresuradamente, regresando cerca del hombre al que estaba segura de no amar y al que, sin embargo, iba a unirse.

En Horoga la conducta de Luisa, pasada la impresión de la sorpresa, determinó la siguiente exclamación:

—¡Pobre muchacha, sólo ha visto mi alma y no se ha fijado en mi cuerpo viejo y desaliñado!...

Y contento de sí mismo, con paso seguro, abandonó el palacio del Marqués de Du Halt, que su magnífica nobleza acababa de esclarecer con un solo gesto.

\*\*\*

Horoga tenía llena el alma del amor de Isabela, a la que en su pasión adornaba con todo lo que constituye el encanto de una mujer.

Para él ella significaba lo contrario que de

sí mismo pensaba, atribuyéndole las virtudes de que se suponía escaso. Así contrastaba su rudeza con la delicada sensibilidad de Isabela; su carácter entero y duro con el de la joven, blando y débil; su aspecto tosco de noble lugareño con la exquisita contextura del cuerpo grácil de su amante y su voz áspera y seca con la voz suave de ella... Veía en esta mujer la niña y la esposa, las gracias infantiles junto a las ternuras de la amiga.

Durante muchos años, Horoga vivió recluido en su castillo, sin que su corazón sintiese la necesidad de emblanecerse en manos de una compañera dulce y amable. No había, pues, amado nunca...

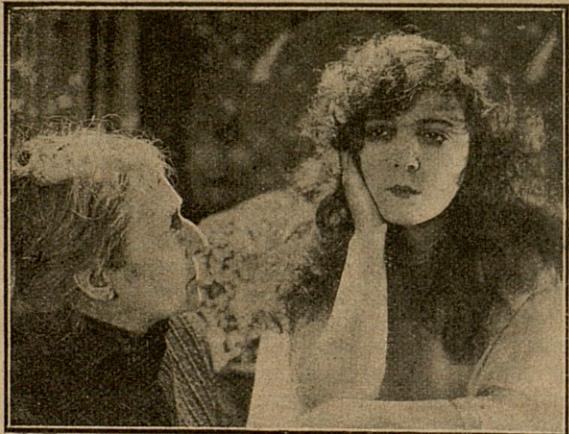
Corrió el tiempo. Pasó la juventud. Vino la edad madura, y he aquí que de pronto, en los linderos de la vejez surgía ante él una criatura bellísima que lo despertaba bruscamente a los afanes amorosos. Entonces su corazón se abrió encerrando dentro de sí las aspiraciones que se hallaban latentes, el ansia de cariño contenida y como a la espera del suceso que lo alumbrase.

Y Horoga con todas sus potencias de hombre hecho, con su sangre y con su alma, amó a la mujer que venía a iniciarle en el deleite sentimental y en los desbordamientos pasionales. Amó Horoga como no podía imaginarlo, haciendo de Isabela el sol de su vida, la razón de sí mismo y la meta de su existencia sin rumbo.

A la experiencia de Isabela, mujer que había recorrido todas las rutas del amor, mujer hundida en el pecado de los hombres, no le resultó difícil comprender el carácter del Conde,

y como su alma carecía de aientos para arrancarse a las arenas movedizas del vicio en que se hallaba enterrada, sólo pensó servirse de Horoga de una manera utilitaria, burlando su credulidad y exprimiendo su bolsillo.

La amenaza de Bernardo de descubrir sus



La amenaza de Bernardo de descubrir sus costumbres la tenía inquieta...

costumbres, la tenía inquieta y, para evitar el daño que le sobrevendría si se enteraba el Conde de las orgías que celebraba en su casa, forjó un plan con el que contrarrestar el peligro.

Una noche Horoga entró a ver a Isabela encontrándola sumida en una tristeza que marcaba su rostro con la huella profunda del do-

lor. Un poco pálida y con el cuerpo laxo, ella simulaba la angustia de la pena.

El Conde sintióse abatido por la inquietud.

—¿Estás enferma? — le preguntó.

—No, no estoy enferma.

Ocultóse el rostro en las manos y él descubrióselo cariñosamente.

—A ti te sucede algo y yo debo saberlo.

—Sí, es verdad... estoy triste... Un importuno, empleado de tu hacienda, me persigue desde hace algunos días...

Horoga abrió sus ojos, en los que se dilataron las pupilas veteándose de hilos de luz roja.

—¿Quién es?... ¿Cómo se llama?

Sus preguntas clamorearon con la estridencia de la ira. Todo su cuerpo de hombre vigoroso temblaba pronto a la agresión.

Ella quiso apaciguarlo prodigándole las caricias de sus manos.

—No estés celoso, querido mío. Yo sabré defenderme, y si tu criado no ceja en atormentarme con sus pretensiones, entonces... te avisaré.

Horoga insistió de nuevo:

—Dime su nombre. Quiero saberlo para castigar al canalla que lo lleve.

—No; te conozco y temo que te excedas en el castigo.

El Conde se encendió turbulento y enfurecido.

—¡Dime su nombre!

Pero aquella mujer sabía dominar la voluntad de Horoga y callóse el nombre de Bernardo, el mozo contra el que pensaba arrojar la cólera de su amo, que regresó al castillo en el que a lo largo de la noche se retorcie-

ron sus celos mordiéndole el alma como cañes hambrientos.

Y mientras el Conde consumía en sí mismo su dolor, Isabela lanzaba el desafío de su risa saboreando el daño que iba a causar al viejo y al hombre que se atrevió a insultarla desafiando su amor de mujer raída por las furias del mal.

Días más tarde, aun no desvanecida la sombra que sobre el Conde proyectara Isabela, el marqués de Du Halt presentóse en el castillo de Horoga.

—Vengo a rogarle que nos honre asistiendo a la boda de Luisa.

—¿Entonces ella no renunció al sacrificio?

—Conde, no tenéis derecho a expresaros de este modo. Si mi hija se casa es porque ama a su prometido.

—Estáis seguro?

—Completamente.

—Bien; siendo así... No sé si iré. Todo es posible.

Se engañaba Du Halt. Luisa no podía amar al Barón de Camajo. Ella tan sin mancha, tan sensible, de espíritu tan fino, delicada perceptora de los matices, rechazaba el enlace con repugnancia aunque, por cariño a su padre, fingiera desearlo.

En la mañana del día de sus bodas, Luisa, blanca y como ausente, dejaba que la engalanaran con los claros hábitos de la novia.

El velo de las desposadas enmarcaba su rostro febril, en el que los ojos habían sufrido el arranazo de las uñas del llanto que ella procuraba contener.

Habían exaltado su belleza con telas suaves

y ricas blondas de encaje. Habían enardecido sus gracias cuidando que resaltasen bajo las sedas, y la joven sentiese herida en su carne sobresaltada de temor y en su alma lacerada por el miedo al sacrificio...

Ciñeron sus sienes con una guirnalda de flores de azahar.

Llegado fué el instante en que debía morir la esperanza...

Su padre se le acercó.

—¿Vamos, Luisa?

Quiso levantarse y no pudo. Una palidez cadavérica puso su agonía en el rostro de la víctima. Sintió que las fuerzas le abandonaban y que el frío del espanto le besaba la piel.

—Ahora, papá.

Quiso levantarse... Apoyó las manos en los brazos de la butaca en que se hallaba sentada, alzó el busto y vaciló desmayándose.

Du Halt tuvo el presentimiento de que las palabras de Horoga expresasen exactamente la verdad de los sentimientos de su hija. ¿Qué significaba sino aquel desmayo? Si así fuera, él se opondría a la boda. ¡Su muerte antes que el sacrificio de Luisa!

Ella volvió en sí, miró en torno y sonrió.

—Luisa, es tiempo aún...

—¿De qué, papá?

—Si esta boda no te agrada, no te cases.

La joven acentuó la caricia de su mirada y la sonrisa de sus labios; y, sin embargo, su alma se estaba muriendo.

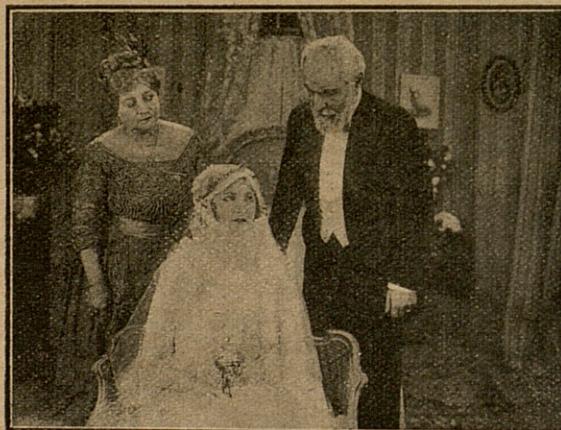
—Horoga me dijo — añadió Du Halt — que fingías un amor que no sientes para que yo aceptase tu sacrificio.

—Horoga es un hombre muy original, muy bueno y muy inteligente, pero nada sabe de los secretos de mi corazón — repuso Luisa.

—Hija mía, piénsalo antes de decidirte.

—Ya lo he pensado.

—Evítame el crimen de tu desgracia. Re-



—Si esta boda no te agrada, no te cases.

nuncia a este matrimonio si estás segura de no hallar en él la dicha que mereces y que yo te deseo.

Había lágrimas en la voz del Marqués.

Luisa volvió a dar vida en su pensamiento al espectáculo horrendo de su padre muerto, derribado en el sillón de su despacho, con la frente orificada por un balazo, tal como otras

veces lo entrevió en las brumas de su imaginación.

—No, papá — dijo con firmeza —. Te aseguro que espero ser feliz con este matrimonio. No me casaría con Camajo si no lo amase... Anda, vamos, que ya deben estar esperándonos.

Y la hija de Du Halt con un valor admirable, retuvo en su garganta la protesta contra la mentira que acababa de decir, amordazó las palabras de asco con las que hubiera querido alejarse de su prometido y puso su mano nacida para sembrar azucenas en la mano carnosa y lasciva del hombre al que desde aquel instante unía su destino.

Sólo Horoga, adivinando la verdad, no pudo contener su indignación de hombre reñido con todas las falsedades y se dijo:

—¡Qué hipócritas!... ¡Pobre muchacha!

Puso sus ojos en la desposada, intensamente pálida, que sonreía siempre y pensó:

—Ella es la única que tiene corazón en esta casa.

Salió asqueado del palacio del Marqués y quiso orearse, purificándose del roce con la pobreza espiritual de las gentes invitadas a la fiesta de bodas, yendo a casa de su amiga, rodeada en aquellos momentos, en que él la suponía entregada a prácticas de virtud, de todos los que rendían culto en su casa al ídolo del placer.

Caminó por los campos, que despedían un vaho de humedad.

Era clara la noche y en el cielo azul rutilaban los mundos luminosos, las grandes flores estelares que dejan caer su luz sobre los hom-

bres atormentados ofreciéndoles la ilusión de lo desconocido, de unos mundos mejores en los que siempre arden las lámparas maravillosas donde se queman las esencias del bien produciendo humos de verdad y de belleza.

Los árboles proyectaban sus sombras en los



Puso sus ojos en la desposada, intensamente pálida, que sonreía siempre...

caminos. Un silencio augusto acallaba los ruidos. La tierra dormía abrigada en su lecho de sombras.

Horoga siguió marchando despacio, gozándose en su amor por Isabela, a cuyo lado pronto se hallaría bebiendo en sus ojos el bálsamo que le aliviaba de inquietudes. Algunas veces su pensamiento iba hacia Luisa y volvía

a ver a la joven, pálida y triste, sonriendo siempre, como víctima que acepta el martirio y que le sale al encuentro impulsada por un heroico espíritu de sacrificio.

— ¡Pobre niña! — exclamó.

Anduvo unos pasos más y dijo:

— ¿Qué va a ser de ella? ¿Quién la defenderá?

Estaba la noche llena de ojos, surcado el azul del horizonte por las miradas de las estrellas, que allá, sobre las crestas de los montes lejanos, arrojaban un polvo radioso.

Aproximábase a casa de Isabela, en donde se encontraba Bernardo, que había ido a decirle que abandonara a su amo si no quería que le revelase lo innoble de su conducta.

El fiel servidor velaba por la paz del Conde y trataba de sustraerlo a la influencia de aquella mujer maldita.

Ella lo recibió con muchas muestras de contento. Le placía la reciedumbre y fortaleza del mozo, su pródiga juventud y la vehemencia de sus transportes. Por eso no dijo su nombre a Horoga, con la esperanza de conquistarla de nuevo y retenerlo en sus brazos implacables de vampiresa.

Cuando él llamó a su puerta, ella misma salió a abrirle y lo condujo a la sala fastuosa donde celebraba sus fiestas turbias, progenitoras del escándalo y semillero de las pasiones sin fondo.

Isabela lo atrajo al interior de la vivienda.

— Siéntate a mi lado — le dijo.

Y le indicaba un amplio diván, cubierto de almohadones, en los que ella se echó indolentemente.

—¿Has cumplido ya tus amenazas? — preguntó.

Bernardo la miró palpitante de furor. Rechazaba sus caricias y resistíase a las insinuaciones de sus besos. El desprecio y el odio hacia aquella mujer comulgaban en su espíritu, librando a sus sentidos de la tentación.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Vales tan poco que no mereces ni mi desprecio — dijo Bernardo.

—Supongo que el Conde ya sabrá que fuiste mi amiguito.

—¡Cállate, víbora! Un compañero me contó que mi amo te quería... y preferí callarme... Horoga es para mí como un hermano y no quise hacerle sufrir.

—¿Cómo mientes! — exclamó Isabela.

El mozo escupió y pisó encima.

—Lo que te pasa — añadió ella — es que te gusto y comprendes que no vale la pena que, por celos, rompamos nuestras relaciones.

—Por ti sólo siento odio y aversion — protestó Bernardo.

Isabela le tendió los brazos enlazándolo, queriendo arrastrarlo consigo, embriagándolo con las aromas capitosas de su cuerpo y con los ardores de su carne.

—Déjame! — exigió él.

—Pero es que no me encuentras bella?

—Ojalá no lo fueses tanto... Eres bella, sí, pero eres también maldita... Mas no temas. No cumpliré mi amenaza... ¡Me das miedo!

La mujer soltó el chorro de su risa.

—Me tienes miedo... porque me amas más que nunca... Y yo también te quiero. ¡Bésame!

Bernardo la rechazó, y como si le asustase la idea de que ella pudiese rendirlo, prendiéndolo de nuevo en la red de sus encantos, huyó.

Horoga, que llegaba entonces, pudo ver como su criado montaba a caballo y galopaba camino del castillo.

Se detuvo como fulminado. Sobre su rostro arrojóse la sangre en oleadas calientes.

—De modo que era él, el predilecto, quien atentaba contra su alegría queriendo traicionarle robándole el cariño de Isabela?

Una cólera brutal distendió sus músculos, y a pasos largos regresó a su hacienda.

Bernardo había subido a su cuarto. No sabía qué hacer. Su afecto casi filial por el Conde animábale a arrancar la venda que ocultaba a sus ojos el verdadero carácter de la mujer que lo engañaba y, al mismo tiempo, temía el dolor que con sus palabras podía producirle.

Se levantó sorprendido viendo entrar a Horoga.

—Buenas noches, señor Conde.

Horoga no contestó. Detenido cerca de la puerta lo miraba secamente.

De pronto dijo:

—Acabo de verte salir de casa de Isabela... ¿Qué hacías allí?

El Conde acercóse al mozo lentamente, conteniendo el ímpetu de su furia, que deseaba estallar abrumando al que creía traidor a su casa y al cariño con que siempre lo había distinguido y honrado.

—Tú eres el bellaco de que ella me habló!

Bernardo dióse cuenta en el acto de la trama

infame que Isabela tejiera para encerrarlo en el círculo de su venganza, poniéndolo frente a su amo.

Horoga fijaba en él unos ojos fríos, aguados, de mirada metálica. El criado tuvo miedo y quiso excusarse.

—Señor Conde, yo le diré...

—Calla, no te excuses!

—Es necesario que le cuente...

—Calla, te digo!

Lo sacudió engarfiándole la mano en un hombro, y acercándose el rostro como si le escupiese, le dijo:

—¡Eres un canalla!

Bernardo se irguió protestando de la injuria que le lastimaba en su fidelidad por el amo a quien con tanto cariño había servido.

—No, yo no soy un canalla!

—¡Calla! ¡Eres peor que un canalla! ¡Eres un traidor!

Aplastado por la injusticia y sangrándole el alma, Bernardo no tuvo fuerzas para librarse de la acusación que lanzaban contra él. La irritación del Conde descubríale que su amor por Isabela era tan grande que hubiese rechazado todas las revelaciones y que la verdad sería para él el peor de los castigos.

Tembloroso de pena, el criado abatió su cabeza al pecho y guardó silencio. No era posible luchar con la ceguera de su amo.

Horoga cogió la ropa del mozo y se la arrojó a los pies. Alzó hasta él los ojos y el mudo gesto del Conde le explicó lo que esperaba. ¡Lo despedía!

De nuevo Bernardo quiso rebelarse. Su cariño por aquel hombre hacíale insufrible la

pena con la que se castigaba su lealtad... Intentó decir algo.

—Yo quisiera...

El Conde le impuso silencio con un ademán rotundo.

Y haciendo un esfuerzo supremo, el mozo contuvo el caudal de palabras que acudía a sus labios.

—¡Le haría mucho daño! — pensó.

Y cogiendo sus ropas, se dispuso a abandonar el castillo.

### III

#### LA CAÍDA EN EL ABISMO

Después de su boda, Luisa se instaló con su marido en el palacio de los Camajo.

Conturbada por los terrores nupciales, al llegar la noche retiróse a sus habitaciones.

Pronto sonaría la hora terrible...

Ya era tarde para cambiar el rumbo de su vida. Se había casado y su esposo ajaría, por el solo hecho de serlo, las flores que aquella mañana ciñeron sus sienes y las flores ideales que adornaban su alma.

¡Si lo amase! Entonces sentiría la emoción honda que disuelve los miedos y quiebra el temor, arrojando a la mujer, suspirosa y encendida, en los brazos del marido. Entonces,

llena de una expectación muy dulce, esperaría el instante de la iniciación como el más trascendental y magnífico de su vida... ¡Ah, si lo amase!

Luisa estaba inquieta. El espanto comenzaba a anidar en su alma. Los buitres de los terrors oscuros hincaban su pico en la carne cubierta por el color de la pureza...

Todos sus sentidos se afinaron para percibir los rumores que andaban sueltos por el palacio.

De un momento a otro él llegaría, ¿qué iba a suceder entonces?

Llamaron a la puerta de la alcoba. Ella se estremeció largamente.

Camajo, el estúpido Camajo, denso y graso, luego de darse ánimos con unas copas de champagne, venía dispuesto a hacer valer sus derechos, cuyo precio había sido el de las deudas de su suegro.

Volvió a llamar.

—Luisa... Luisita...

Le temblaba la voz con la congoja voluptuosa.

—¿Qué haces? ¿Por qué no me abres?

Ella pensó bloquearse en la alcoba, impidiendo la entrada a su marido.

Lleno de impaciencia, el Barón golpeó la puerta de nuevo.

—No entiendo por qué no me abres —dijo—. Ya eres mi mujer y has de ser mía ¡mía enteramente!

Venciendo su repugnancia, Luisa abrió y su marido precipitóse dentro rojo de lujuria, hediento a alcohol, violento y repulsivo.

Aterrada por su presencia, la mujer quiso

ocultarse, rehuyendo el contacto de sus brazos.

—Luisa, querida mía... Esto es inexplicable.

Ella no tenía palabras que decir. El espanto se había cobijado en sus venas y sólo pensaba en la forma de librarse de su esposo.

—Permíteme que te bese...

Respiró en su rostro ensuciándolo con su aliento, la sujetó por la cintura y aplastó la boca en sus espaldas.

Un grito de horror huyó de la garganta de Luisa. Su instinto de doncella incontaminada, todos sus pudores de virgen se sobresaltaron ante la agresión del hombre que se acercaba a ella hinchado de lujuria, grotesco y brutal.

Hizo por desprenderse de sus brazos y quiso salvarse huyendo.

El Barón exasperó viendo la resistencia de su mujer, y frenético de deseos, arrojó sobre ella, oprimiéndola con sus manos ávidas, chafándola, paseando sus labios viscosos por su cuerpo helado por el miedo.

Luisa puso todas sus fuerzas en rechazarlo, logró al fin desprenderse de él, y enloquecida, con el pensamiento alanceado por el estupor, la carne herida y el alma rota, corrió abandonando el palacio, corrió desorientada hasta caer desvanecida al borde de un camino.

Amanecía. Un nuevo sol alumbraba el mundo. De los campos alzábansen los murmullos de las plantas que despiertan, el canto de los pájaros que saludan el nuevo día y las primeras voces de los trabajadores que luchan inclinados sobre la tierra.

Chirrió una carreta. Al pasar por el sitio en el que se hallaba la mal casada, el hombre que

la conducía, criado de Horoga, la detuvo, recogió a la pobre mujer, reconoció en ella a la hija del Marqués y la condujo a casa de Du Halt.

Poco después, el Conde oía la referencia que su servidor le daba del suceso.

—Venía hacia aquí con el carro y vi en el camino una mujer desmayada. Reconocí a la señorita de Du Halt y la llevé sin conocimiento a casa de su padre.

Horoga no dudó un instante. Como lo había previsto, la hija del Marqués no se casara por amor.

—¿Qué sucederá ahora? — se preguntó.

Sin vacilar un instante salió del castillo, dirigiéndose al palacio de los Du Halt, en el que Luisa, caída en el abismo de una inmensa desesperación, contaba a su padre la escena de su noche de bodas.

—¡Perdóname, papá!... Nunca pude sospechar nada tan grosero ni más horrendo.

—Tú eres la que tienes que perdonarme, hija mía... Yo soy el único culpable de lo que ha sucedido.

Cerca del mediodía el Barón de Camajo presentóse en casa del Marqués. Era su aspecto el de un hombre fastidioso y fastidiado, que apenas si tiene la noción del ridículo.

—Vengo en busca de su hija — fueron sus primeras palabras—. He sido burlado por ella. Sin embargo, sigo queriéndola y estoy dispuesto a perdonarla si vuelve conmigo.

—Eso no es posible... Mi hija no os seguirá.

—Imponedle vuestra voluntad de padre.

—Menos aun... Para resolver este lamentable asunto no hay más que una solución.



—Tú eres la que tienes que perdonarme, hija mía...

—¿Cuál?

—El divorcio.

Camajo revivióse iracundo.

—Está bien, nos divorciaremos... Pero ¿y las deudas de usted?... Reclamo su pago inmediato y como usted no puede reunir las sumas a que se elevan los préstamos que le hice, pronto será la cárcel su domicilio.

Sin inmutarse, el Marqués repuso:

—De acuerdo, señor Barón.

Du Halt, después de despachar a su fracasado yerno, se encerró en el despacho. Lo que antes no quiso hacer tendría que hacerlo ahora. La muerte sería el pagare que extendería para que se cobrasen sus acreedores.

Abrió un cajón de su escritorio y cogió el revólver al que tantas veces había acariciado pensando en que él pondría fin a sus días.

—Ibas a cometer la más vergonzosa de las acciones — dijo.

Encañonóse el arma apoyándosela en la sien.

—¡Animo, Marqués de Du Halt! — exclamó.

De pronto irrumpió en la estancia Horoga, que se apoderó del arma antes de que el Marqués tuviese tiempo de dispararla.

—Con su muerte — habló el Conde — no resolvería usted más que las equivocaciones de su vida... Aún no ha llegado su hora, Marqués.

Du Halt miró con asombro al hombre que acababa de salvarlo.

—Tiene usted que vivir para su hija — añadió Horoga.

Du Halt habíase quedado sin voz. La tensión nerviosa a que estuviera sometido mo-

mentos antes, dejárale exhausto. Miraba a Horoga como si no comprendiese el sentido de su presencia ni el valor de sus palabras.

¿Qué hombre era aquél, del que siempre tuvo un concepto pobre, que por segunda vez acudía a su lado en instantes decisivos de su vida?

El Conde extrajo un libro de cheques de uno de sus bolsillos.

—No tema usted... No vengo a hacerle una limosna. Le hipoteca el castillo, sencillamente.

Du Halt seguía sin comprender. Parecía como alejado. Sus ideas confundíanse ante la conducta de Horoga, al que juzgaba como un bárbaro reñido con sus semejantes.

—Le parecen bien novecientos mil francos? — preguntó el Conde.

El Marqués no supo contestar. El rasgo de Horoga lo achicaba, convirtiéndolo en un hombre pequeño, cegando las fuentes de su energía, reduciéndolo a la condición de un niño que necesita el brazo fuerte de un guía para apoyarse y caminar por el mundo.

—No hay que acobardarse nunca — afirmó Horoga —. Me pagará usted cuando pueda... Otro día firmaremos el contrato.

Salió sin esperar a que le diesen las gracias.

Al quedarse solo, Du Halt abarcó con toda su grandeza la conducta del Conde. Una sangre nueva calentó su cuerpo arreido y con palabras tumultuosas contó a su hija la visita de Horoga.

—Si no hubiera sido por él a estas horas ya no existiría... Este hombre tiene el alma más noble que he conocido.

Luisa, que recordaba aún el incidente del

día de sus esposales, asintió. Ella desde que lo conoció habíalo considerado como un tipo de excepción, en nada parecido a esos hombres que se contentan con no ser malos, pero que no se preocupan tampoco de ser buenos.

— Figúrate, hija mía — siguió diciendo Du Halt —, que desesperado de salvarme, me disponía a morir, cuando el Conde, llegando en el instante preciso, arrancó de mis manos el revólver y me entregó un cheque por novecientos mil francos.

— ¿Otro préstamo? — preguntó Luisa.

— Sí, un préstamo; pero él es un verdadero noble y ha sabido conciliar su actitud generosa con mi dignidad, constituyendo una hipoteca sobre el castillo.

Una viva admiración iluminó el semblante de Luisa. El Conde mostrábasele como una figura extraordinaria, como el ejemplo único de una raza sabia, bondadosa y fuerte, ya extinta; y deseó que la vida lo favoreciese con todos los dones y que la alegría batiese siempre sobre él sus alas de rosa.

Y era en aquella hora cuando sobre Horoga cerníase la amenaza siniestra de un destino sangriento.

Después de salir del palacio de Du Halt, el Conde encaminóse al castillo.

Un criado le entregó una carta que decía así:

*"En estos momentos estoy castigando a esta mujerzuela. — Bernardo".*

Cierto; su criado, queriendo castigar la infamia de Isabela, había ido a su casa.

Entró dispuesto a hacerse justicia. Ella temió lo que iba a suceder y quiso sustraerse al

odio de Bernardo ofreciéndole la mejor de sus sonrisas. Pero él no se dejó encantar por las promesas de su belleza, resistió los halagos y comenzó a golpearla con un látigo.

— ¡Golfa, mala mujer, por ti ha reñido conmigo Horoga!

La vieja intentó defender a Isabela y el mozo la derribó de un golpe.

— ¡Fuera las brujas!

Vibraba el látigo en sus manos cayendo sobre el cuerpo de la mujer, macerándolo, listándolo de rayas empurpuradas.

— ¡Basta, por Dios! — sollozó ella.

El no hizo caso. La tenía cogida de los cabelllos y, friamente, como un ejecutor impasible, le imponía el castigo de que ella se hiciera digna.

— ¡Perdóname, Bernardo! No me pegues más. Podrás hacer de mí lo que quieras.

El prosiguió ejecutando su sentencia.

— ¡Perdóname, Bernardo! ¡No me pegues más.

Ni sus gritos ni sus lágrimas lograban mover al mozo.

— ¡No me pegues más!

La carne maldita, la carne de pecado, ardiente y turbadora, se agrietaba con los latigazos, contorciéndose, aullando de dolor, sin que el verdugo interrumpiese el castigo.

— ¡Bernardo, piedad! Yo te daré mis joyas. ¡No me pegues más!

Rodó la mujer por el suelo y el látigo siguió estigmatizando su cuerpo para que se eternizasen en él las huellas de su ignominia.

— ¡Ah, perro! No me pegues... ¡Me matas!

Y el mozo se rió de los gritos y de los sollozos.

—Has rechazado mi amor y mis joyas; pues bien, yo te ofrezco mi venganza en pago de tus brutalidades. ¡Lágrimas de sangre llorarás!

Bernardo añadió nuevos golpes y al fin, creyendo suficiente el castigo, salió, regresando al castillo, de donde lo despidiera el Conde y del que debía partir a la mañana siguiente.

Horoga corría en tanto hacia la casa de su amiga, tremante de cólera. Ardía con la fiebre de su furor, irritado por el enorme crimen de la ofensa que uno de sus criados estaría infiriendo a la mujer que tanto amaba.

La madre de Isabela lo vió acercarse y gritó como en triunfo:

—¡Horoga!

Isabela tuvo entonces una idea siniestra y con los dientes se desgarró los labios hasta hacerse sangre... El odio había ennegrecido su piel. Su boca espumajeaba una furia incontrastable. Ella era en aquel momento la forma encarnada del espíritu satánico, la serpe tormentosa que sopla a los oídos de los hombres las voces que presagian el crimen.

Al verla Horoga sólo descubrió a la doncella ingenua y graciosa a la que había ofrecido el copioso manantial de su cariño, y su pensamiento fué invadido por el tumulto de la ira.

—¿Y él? ¿Dónde se esconde?

Ella le mostró la herida de sus labios.

—Ha huído — dijo —. Estuvo aquí, intentó atropellarme y viendo que resistía a sus deseos, me mordió como un loco...

Rugían en su voz los gritos alharaquientos

de las poseídas, de las satanizadas, de las histéricas... Suelta la cabellera, los ojos abrazados y sacudido el cuerpo por los temblores del odio, acumulaba en Horoga las fuerzas del mal para precipitarlo en los abismos del crimen, para que satisficiese su afán de yen-



Isabela tuvo entonces una idea siniestra...

ganza manchándose con la sangre de su criado.

—Mira, querido mío... Mira, sangre en mi boca. ¡Fué él quien la hizo! ¡Fué él quien luchó conmigo golpeándome, queriendo matarme al no poder vencer mi resistencia a ser suya!...

Horoga no quiso oír más, y con el espíritu ensombrecido, convertida su alma en una ho-

guera en la que se quemaban las ideas más espantosas, corrió hacia el castillo en el que Bernardo, ajeno al peligro que se avecinaba, extraño a la perfidia de Isabela, contaba a Ricco lo que había hecho.

—La traté como merecía. Es una golfa y como a golfa la castigué.

—¿Por qué hiciste eso? — preguntó su compañero.

—¡Ah! Es que tú no sabes que esa mujer, temiendo que yo divulgase sus costumbres y el secreto de su vida, le dijo a Horoga que yo la perseguía... ¡Bien castigada quedó!

—¡Cristo, si el amo se entera!

—Ella no se atreverá a decírselo.

—Vete a tu cuarto por si acaso. Que no te vea el amo cuando llegue.

Bernardo siguió el consejo de Ricco. Pero Horoga fué a buscarlo a su habitación.

Parecía otro hombre. Su enorme corpulencia dijérase acrecida. En sus ojos encendiérase una lumbre de locura... Era su amor, su immense amor, que se creía mancillado, el que vertía en su gesto una desesperación y una cólera temibles.

El mozo quiso adelantarse a explicar su conducta.

—¡Si, yo la castigué como merecía! — exclamó.

Horoga, sin que nada delatase la turbulencia que lo dominaba, sientose cerca de su criado.

—¿Estás seguro de haberla castigado como merecía? — preguntó.

—¡Es una golfa!

—¡Y la has castigado mordiéndole en la boca!

Bernardo quedó perplejo.

Horoga alzó el puño y lo descargó sobre su rostro.

—¡Ah, traidor! Conozco la verdad. ¡Quireste injuriarme injuriándola a ella!



—¡Y la has castigado mordiéndole en la boca!

El puño del Conde golpeaba al criado; era como una maza que rompiese la carne después de machacarla.

Bernardo intentó defenderse. Hizo por levantarse... Un puñal brilló hiriendo los ojos y el mozo inclinóse sobre su vientre en el que acababa de hundirse la hoja aguda amiga de la muerte.

Cayó el herido. Borboteó la sangre...  
El escándalo de la lucha atrajo a Ricco.  
—¿Qué has hecho, Horoga?... Este hombre no te traicionó jamás. ¿Lo oyes? ¡Jamás!

El Conde miró a quien de tal manera le hablaba y volvió los ojos a Bernardo, que, luchando con las angustias de la muerte, alzó su voz húmeda de sangre.

—Horoga, mi hermano... ¡Te juro antes de morir que Isabela ha mentido!

Horoga inclinóse sobre su servidor predilecto queriendo sorber sus palabras.

—...¡Huye de ella, Horoga!... Es hermosa, pero está maldita...

Al rumor de las voces fueron llegando los criados de la hacienda. Todos los ojos se dirigieron al amo. Entonces el moribundo, arrancando a la vida su último don, reunió sus fuerzas y dijo:

—...Amigos míos... jugaba con Horoga... Rodamos por el suelo... No sé como fué... ¡Me herí con mi propio cuchillo!

El herido se alzó sobre sí mirando a Horoga, entreabrió los labios, tendió las manos al Conde y cayó muerto.

En el transcurso de unos minutos, Horoga dejó de sentir y de pensar. Poco a poco comenzó a hundirse en el abismo sin nombre que se abre en los aledaños de la locura. Caían sobre él las tinieblas aprisionándole, espesándose en su pensamiento. Oyó dentro de su alma un llanto exasperado y muy triste. Un viento de tempestad aventó sus ideas... Sintió un fuerte golpe en la nuca...

—¿Quién llama? — preguntó.

No vino a él respuesta alguna y él siguió oyendo cómo llamaban, tal que si alguien golpease no sabía dónde pidiendo que lo dejaran entrar.

—¿Quién llama? — preguntó otra vez.

Lo rodeó el silencio. Ahora pudo advertir que donde llamaban era en su propia alma. Una mano sangrienta le golpeaba allí pidiéndole que lo dejase pasar.

—¿Quién llama?

De muy lejos le vino una voz.

—Soy yo, Bernardo.

Sí, era él que le rogaba volviese a concederle el puesto que antes tenía reservado en su corazón y del que lo había arrojado una mujer.

—¡Bernardo ha muerto! — exclamó. — ¡Yo mismo lo maté!

Se hizo de nuevo el silencio. Un turbión de ideas sin sentido entraba y salía en su cerebro. Quiso apresar alguna y no pudo.

Miró delante de sí y sus ojos adquirieron la expresión cristalizada de la vesania. Otra vez las tinieblas se espesaron en su pensamiento... Dejó de sentir. Ya no supo pensar.

Parado en medio de la estancia, rígido y frío, en su rostro no se traslucía el menor síntoma de vida. Parecía un rostro muerto en el que los ojos eran como lagos helados.

Inmóvil y erguido era de una presencia trágica, como la sombra corporizada de un espejo.

Ricco se le aproximó tratando de volverlo a la realidad circundante, arrancándole a su doloroso ensimismamiento.

—¡Animo, Horoga!... Tú eres el brazo de Dios. Llegó el momento del castigo.

El Conde miró a su criado, al hombre que un día ofendió injustamente y del que supo hacerse perdonar confesando su culpa.

—¡Sé tú mismo! —añadió Ricco. —Vuelve en ti... Vé... Sorpréndela y venga la memoria de Bernardo.

Salió Horoga seguido de Ricco. Nuevas ideas nacían en su mente. No hablaba, pero su mutismo estaba preñado de amenazas.

Ricco quedóse a la puerta de la casa de Isabela.

Horoga se detuvo antes de entrar. Hasta él llegó la voz de la mujer en la que había puesto todo el caudal de sus ilusiones.

—Ese vejestorio de Horoga cree que le quiero por su figura... ¡Se necesita ser imbécil!

El Conde empujó la puerta.

—¿Se puede pasar? —preguntó.

La casa tenía encendidas todas sus luces. De las arañas del techo caían los fulgores de las lámparas iluminando las caras aterradas de los invitados.

No le esperaban y un silencio denso selló todos los labios.

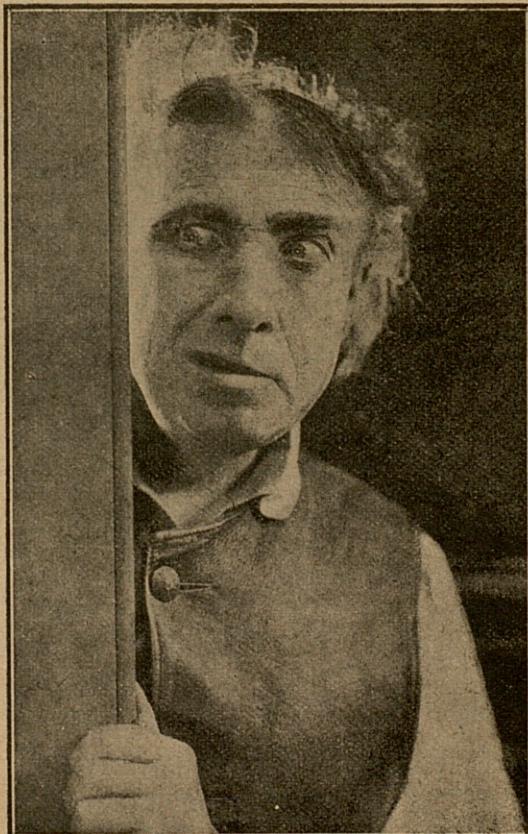
Horoga avanzó. Los amigos de Isabela retrocedieron y uno tras otro abandonaron la sala.

Quedaron solos el Conde, Isabela y la vieja.

Un viento fatídico pasó sacudiendo las ventanas.

Isabela se estremeció.

Súbitamente sonó la risa del Conde.



El Conde empujó la puerta.  
—¿Se puede pasar? —preguntó.

—¿No ves cómo se ríe, tía?... ¡Está completamente borracho!

—Cuidado... Yo diría mejor que estaba loco — comentó la vieja.

—Sí... he bebido mucho...

La risa del Conde alardeó hallando eco en aquella moza encanallada, que se rió también, con estúpida inconsciencia de dominadora que entiende qué los hombres sólo son juguetes en las manos de una mujer hermosa.

—En mi castillo — dijo Horoga — te he preparado una sorpresa... ¡Una sorpresa digna de ti!

Isabela lo miró dudando.

—No temas, mujer... ¿No ves cómo me río?

La confianza volvió a la joven. Segura de sí misma echóse un abrigo y salió acompañando al Conde.

En la puerta los esperaba Ricco.

Siguieron juntos. No hablaban. Isabela reía-se sin la más ligera inquietud.

Llegaron al castillo. Horoga hizo subir a Isabela al piso donde estaba el cadáver de Bernardo.

A la entrada de la habitación mortuoria, los dos hombres se detuvieron haciendo paso a la mujer.

Ella tuvo como un atisbo de la verdad. Ricco la empujó antes de que retrocediese, e Isabela encontróse cerca de un túmulo en el que había un ataúd que guardaba el cadáver de Bernardo.

Quiso huir y Horoga la sujetó.

—¡Quieta, demonio!... Míralo, ahí lo tie-

nes. ¿Ibas a dejarlo partir sin despedirte de él?

Isabela trató de impedir que el Conde la llevase hasta el muerto.

Los servidores que velaban el cadáver, retiráronse entonces.

Estaba a oscuras la habitación. Sólo la luz de unos cirios, colocados a ambos lados del ataúd, daban su claridad macilenta luchando por esfumar las sombras.

—Anda, mujer... Bernardo se marcha. ¡Despídete!

Ella aspiró el vaho de la cadaverina... No podía librarse de la presión de la mano de Horoga.

—¿No lo conoces?... Es el criado que quiso atropellarte, lograr tu amor a la fuerza... Míralo. Fijate bien, que pronto dejaremos de verlo para siempre.

La cogió por el cuello y la inclinó dentro del ataúd.

—¡Míralo más! ¡Guarda en tus ojos su imagen!

Entre los brazos de Horoga la mujer debatía sin poder desasirse.

—¿No me dijiste que te mordió los labios?... Pues te debía una compensación... ¡Muérdele tú ahora!

Y el rostro de Isabela se aplastó en el rostro del mozo al que ella supo dar la muerte armando el brazo del Conde.

Gritó la mujer al sentir en su boca la sensación fría de la carne sin vida. Gritó angustiada por aquel beso dado a un cadáver, y libre de las manos de Horoga, huyó fuera del castillo, perseguida por Ricco, que puso en

aquella venganza la intervención de su recio puño, apedreando luego a la mujer maldita como si apedrease a un perro.

Ante el cadáver de su criado, el Conde sintió desbordarse su pena, su immenseo dolor sin consuelo y abrazóse al muerto en una despedida gemidora que le llagaba el alma.

—Bernardo... mi pobre Bernardo!

Era su voz como un alarido bronco que saliere de una garganta ensangrentada... El viejo castillo llenábase con los clamores de aquella voz que resonaba en sus salones vacíos, llevando su angustia y esparciéndola en todas las direcciones...

Nació la noche y el silencio fué turbado por los sollozos de Horoga.

Isabela huía en tanto, empujada por el miedo, temerosa de que el Conde se le apareciese y la arrastrase de nuevo a una expiación más terrible aun de la que le había hecho sufrir.

Lejos ya, antes de salir de los límites de la hacienda, subió a un crucero y volviendo su rostro al castillo gritó:

—Has sabido vengarte, Horoga... Ahora me toca a mí y yo sabré hacer que mi venganza sea más espantosa que la tuya.

Por después las llamas de un incendio devastaban los campos próximos al castillo.

Isabela daba principio a su venganza.

Un resplandor rojío empenachado de humo iluminó la noche. Encendiérонse los árboles. Corrióse el fuego por los prados y por las tierras de labradío y por los bosques y por las llanuras sembradas que el arado hiciera pañiegas...

...Calcinábase la tierra, abrasada por la

voracidad de las llamas, sierpes rojas que lanzaban agudos silbidos, sonando entre el crepititar de las maderas y los crujidos de los troncos centenarios que se derrumbaban con estrépito consumidos por el incendio.

La lumbrada rodeó al castillo, en el que seguían oyéndose los gritos de angustia del Conde...

...Los rojos reflejos atrajeron al fin la atención de Horoga. Sus ojos desorbitados miraron el campo, por el que pasaba aquel castigo de infierno devorando los plantíos...

...Miró con asombro la hoguera inmensa, que se había encendido en honor del muerto.

Reptaban las llamas subiendo por los árboles, enroscándose a sus ramas, convirtiendo sus copas en lámparas siniestras. Enormes nubes de humo ascendían al cielo...

...Horoga sintió como si se le rompiese algo esencial dentro del pecho. Echóse las manos a la frente martilleada por un espantoso dolor, y de pronto resonó, violenta, imperiosa, sobresaliendo por encima de todos los ruidos, una risa estridente, una brutal carcajada, triste y horrible, que se llevaba consigo la razón del Conde...

El fuego se avivó. Caldeóse la atmósfera. Oíanse lejanos disparos y voces afanasas. Ardían las mieses arrebatando el pan de muchos hombres. Y las llamas, cada vez más altas, enrojecían la noche ensangrentándola.

...De cuando en cuando estallaba la risa de Horoga, que corría sobre el incendio e iba a perderse en la distancia...

## IV

## EL MISOGINO

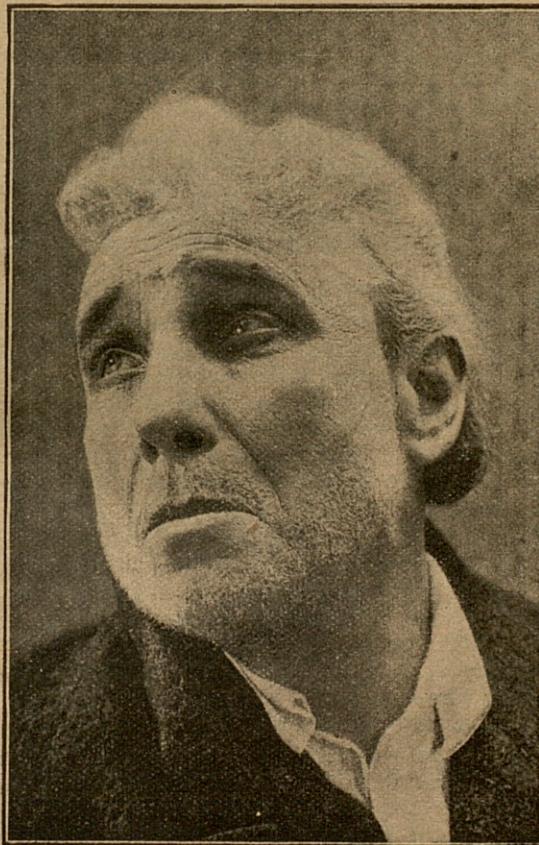
Durante algunos meses la vida de Horoga fué como un largo y penoso cautiverio, en el que su razón, presa en las cárcel de la locura, se debatió en las sombras, oprimida por el terror, obsesa por sangrientas visiones, estrujada por dolores físicos en que los nervios perecían víctimas de una dirección brutal, como si las agujas y el escalpelo del cirujano los pusieran al desnudo complaciéndose en cortarlos poco a poco.

Fueron aquellos unos días sombríos y angustiosos. El espíritu de Horoga, caído en las tinieblas, buscaba la luz sin encontrarla, y ante sus ojos surgía la imagen fatídica de Isabela aulladora y furiosa y el espectro de Bernardo, que imploraba diciéndole:

—¡Huye de esa mujer, Horoga! ¡Es un demonio!

La soledad mitigó con el tiempo los tormentos del Conde. Renació en él el hombre libre de temores; pero ya no era el mismo. El crimen cometido por la perfidia de Isabela había derrumbado sus ilusiones. Agonizó su fe en la vida y el amor, y un odio violento contra todas las mujeres vino a substituir su antigua veneración por ellas.

Desde entonces, convertido en un misogino



El espíritu de Horoga caído en las tinieblas buscaba la luz sin encontrarla...

furibundo, sólo tuvo desprecios para el sexo débil, complaciéndose en injuriarlo, en pisotear sus encantos, en escupir sobre él la amarga saliva de su indignación.

Torciéronse los rumbos de su vida. Dejó el campo marchando a la ciudad. Pronto se le conoció como asiduo de todos los garitos, como habitual en los lugares en los que la mujer es el centro alrededor del cual se mueven los deseos.

A ellos acudía Horoga para satisfacer su rencor. Siendo como era inmensamente rico fácil le fué atraerse la devoción de los mangantes, de los hijos de la noche, de gorrones y fulleros y a las mujeres puestas a precio, con las que se divertía, ensañando en ellas su odio, burlándolas, escarneciéndolas, pasando sobre sus cuerpos y marcándolos con los golpes de sus botas.

Su bolsillo siempre estaba abierto a la dádiva. Nunca se marchó con las manos vacías el que se acercó a él pidiéndole unas monedas. Sólo a las mujeres se las negaba, y si alguna vez las favorecía con su prodigalidad era después de frotarles el rostro con su vileza, buscando palabras acres que decirles, adjetivos punzantes, insultos escaldados de desprecio.

Hizo nuevas amistades con gente de la peor calaña. El resplandor del oro los atraía. Tres individuos con traza de facinerosos, Aquiles, Bibolo y un jorobado de piel verdosa y alma amasada con cieno, llegaron a ser sus amigos inseparables.

Siempre acompañado de estos tres tipos representativos de una humanidad lamida por

los peores vicios, Horoga paseaba su fiebre por los cabarets y por las casas de escándalo.

Su presencia era advertida porque se señalaba por el gemido de alguna víctima, a la que él, en su enfermedad, elegía como blanco de su fobia.

Cerca de media noche, cuando en los lugares alegres de la ciudad corre el *champagne* entre risas y besos, mostrábase Horoga seguido de sus tres amigos.

Apartábanse a su paso temblorosas de espanto las camándulas del amor. Alguna, más necesitada o menos miedosa, atrevíase a ofrecerle sus mejores sonrisas, la mueca lastimosa de sus labios pintados, con la esperanza de una cena o de un poco de dinero.

Era entonces cuando Horoga desarrollaba su furia, vinculando sobre la mujer todas las torturas que Isabela le hiciera sufrir.

La pobre sacerdotisa de un culto lamentable, se acercaba al Conde con el gentil compás de sus movimientos que tenían la pretensión de encender los deseos dormidos.

Horoga la miraba riéndose torvamente.

—¿Cómo te llamas? — empezaba preguntándole.

La infeliz respondía con palabras amables, animada por el hambre o el capricho.

—¿Y qué haces aquí? — seguía preguntándole el Conde.

—Vaya una pregunta... ¿Qué he de hacer?

—Es lo que yo no sé y quisiera que me lo explicases.

—Pues ya ves... Lo que todas... Una tiene que ganarse la vida...

—¡Ah, pequeña bestia! — exclamaba el Conde.

Y, cambiando la expresión de su rostro por un gesto de rencor, la cogía por los cabellos, sacudiéndola frenéticamente y arrojándola contra cualquier sitio entre las risas de sus adláteros.



Mientras el Conde arrastraba por dancings...

Luego le arrojaba unas monedas diciéndole:  
—No llores, que te voy a dar lo mismo...  
Toma, perro.

Lo que ignoraba Horoga era que Isabel no había renunciado a completar su venganza. Ella fué la que buscó a los tres hombres que lo seguían a todas partes para captarse su confianza y preparando el plan con el que la in-

ductora al asesinato de Bernardo esperaba saciar su odio contra el hombre que la honró con su cariño.

Mientras el Conde arrastraba por dancings y prostíbulos el agresivo desprecio y la iracundia enfermiza que la traición y la maldad de Isabel hicieron germinar en su alma, ella lo vigilaba fijándose a través del velo con que se ocultaba para no ser reconocida, la mirada de sus ojos congestionados.

Aquiles tenía el encargo de dirigir la venganza, encaminada a arruinar a Horoga por medio del juego, y al ver a Isabel, separábase con cualquier pretexto de sus compañeros.

—¿Cómo va el asunto? — le preguntaba ella.

—Bien; cada día se aficiona más al juego y deja en nuestras manos su fortuna.

—Me parece que andáis despacio.

—Pues más de prisa no se puede ir. En una semana le hemos hecho perder 200.000 francos.

—Ya sabes que tienes el diez por ciento de las ganancias.

Horoga no se daba cuenta de los manejos de Aquiles, que tampoco se hubiera explicado, pues Isabel tenía la precaución de no ponerse a su alcance; y seguía en su vida fantástica, llevando a todas partes su último desconsuelo, su desoladora desesperación que no lograban aliviarse ni aturdirse con el tumulto orgiástico de las fiestas nocturnas de la ciudad.

Además de los cómplices de Isabel, el Conde cultivaba otras amistades. A pesar de su existencia desbaratada, Horoga tenía verdaderos amigos que lo estimaban adivinando

que su alma, aparentemente pervertida, guardaba aún magníficos tesoros de bondad.

Entre estos hallábase un tal Carter, vecino del barrio latino, bohemio impenitente, escritor a ratos, soñador siempre y pobre todos los días, de una pobreza sin limitaciones, de una de esas miserias que luce sombrero nuevo, camisa limpia y zapatos con suela de cartón.

Era antiguo conocido de Horoga y sabía algo de su vida, aunque no conociese el secreto del odio que en todos sus actos se revelaba hacia la mujer.

Horoga, popular por sus extravagancias, lo era también por su corazón magnánimo, presto a acudir en ayuda del desgraciado y a socorrer al desposeído.

Una noche, en una bohardilla sin luz, húmeda y triste, una mujer joven lloraba cerca del lecho en que su hijo agonizaba porque su madre era tan pobre que no tenía el dinero necesario para comprar las medicinas que pudiesen arrancarlo a las garras de la enfermedad.

La madre, crucificada en su dolor, veía morirse el fruto de sus entrañas y mirábaise las manos vacías, sus manos de miserable que nada tiene y que aulla su angustia, como una loba a la que roban su cachorro, mientras el hijo se debatía entre las ropas del lecho consumido por la fiebre.

La pobre mujer había recorrido todos los caminos sin encontrar un estímulo de caridad en las gentes que encontró a su paso. Estaban cansados de llorar sus ojos y seca estaba su boca de pedir en vano.

A su lado hallábase su única amiga, hacia la que ella volvió sus ojos desolados.

—¿No conoces a Horoga?

—He oído hablar de él, pero no sé quién es—respondió la madre.

—Pues trata de verlo... Es un poco bruto pero su bolsillo no se cierra nunca a la necesidad.

—¡Oh Dios, si fuese verdad!... Besaría el sitio que pisasen sus pies, iría tras él proclamando su buena acción, le ofrecería mi vida en pago...

Cruzáronse en la calle, Carter y la llorosa madre. El bohemio marchaba de prisa y adelantóse a la mujer, llegando antes que ella al sitio donde solía estar Horoga.

—Conde, necesito hablarte—le dijo Carter inclinándose sobre la mesa en que su amigo jugaba no sabía por qué.

Horoga se levantó.

—Estoy a tu disposición... ¿Tu dirás?

—Me encuentro en un apuro... Si pudieses prestarme unos francos te lo agradecería.

—Me felicito de que te hayas acordado de mí. ¿Cuánto necesitas?

—Fija tú mismo la cantidad... Bástete saber que hoy no he comido aún.

Horoga puso en manos del bohemio un billete.

—¿Necesitas más?

En aquel instante una mujer se acercó a Horoga, y juntas las manos, las mejillas surcadas por el llanto, sollozó:

—Mi hijo está enfermo... ¡Se muere!... Necesito dinero... ¡Compadeceos de mí, señora, y hacedme una caridad!

Palpitó su voz con la esperanza. Si aquel hombre le negaba el dinero que pedía, ella nada podría hacer ya por salvar a su hijo.

—¡Por piedad, señor!... Es para mi hijo... Yo sé que sois caritativo y que evitaréis que la muerte se me lo lleve...

Horoga la miró vacilando. Aquella mujer le hablaba en nombre de su maternidad laciñada por la desgracia, y su odio se ocultó dejando paso a sentimientos cordiales.

—He dejado en su camita a mi niño... Tiene fiebre... Toda la noche la pasó delirando... ¡Sed bueno, señor!

En el pensamiento de Horoga prendió esta idea: “*Ella es también mujer y como tal sólo sabrá mentir*”.

—Tengo prisa, señor... Mi hijo me espera... Si no voy pronto lo hallaré muerto.

La mano del Conde cayó sobre la cabeza de la madre despojándola del humilde sombrero que llevaba puesto.

—¡Descúbrete! — gritó. — ¡Estás delante de un hombre!

A través de las lágrimas la infeliz sonrió aún sostenida por la esperanza. Pensaba en el hijo moribundo, en el niño que le tendía los brazos llamándola:

—¡Ven, mamá!... ¡Ven, que me abraso!... ¡Dame agua, mamá!

El jorobado se aproximó a Horoga. Resaltaba su deformidad como relieve de su cuerpo y de su alma empotrada en la escoria de su vileza.

—¿No ves que te engaña? —le dijo al Conde. —¡Nunca hubo tal hijo!

La madre aspeó los brazos queriendo rechazar las palabras de aquella larva.

—¡Ese hombre miente!... No sabe lo que dice... ¡Yo pido para mi hijo que se muere!

—¡La que miente eres tú, carne de prostíbulo!

Estridieron las palabras del jorobado corrídas por la impotencia del monstruo que odia a la humanidad de la que él es una parte grotesca y como una mueca de la forma.

Horoga miró de nuevo a la madre y la vió como a una de tantas mujeres, es decir, como a un ser que se alimenta de negras pasiones, como a un ser nacido para la voluptuosidad y el engaño; y su misoginia dió suelta al desprecio de que estaba saturada su alma.

—Mujer tenías que ser para mentir sobre el cuerpo inocente de un hijo que nunca tuviste!

—Por qué me insulta usted, señor?

—Es la manera que empleo en mis relaciones con vosotras; el insulto y el látigo son mis caricias.

—Pues bien, insultadme, pero no me dejéis marchar sin lo que os pido... ¡mi hijo se muere!

Carter, que presenciaba la escena, comovióse en lo más profundo de su alma viendo la indigna conducta de Horoga.

—¡Por piedad, señor!... Burlaos de mí y dadme un poco de dinero... ¡Es para mi niño!

—¡Es para tus vicios!... ¿Por qué mientes?

La mujer retorcióse las manos con una desesperación inaudita. Acordábase de su pequeñín que la estaría esperando y que tendría miedo viéndose solo.

—¿No os compadecéis de mí, señor?

Horoga quiso sacrificar una vez más a la mujer y, arrojando un billete, dijo:

—Si tanta falta te hace recógelos del suelo con los dientes... ¡No podría darte mi dinero sino después de humillarte! ¡Tan despreciable eres!

Un instante la madre pensó huir de aquel hombre siniestro; pero de nuevo se iluminó su pensamiento con la escena de la alcoba sombría en la que su niño agonizaba y, poñiéndose de rodillas, tendió la cabeza queriendo apresar con los dientes el precio que la iniquidad de Horoga ponía a la vida de su hijo.

Fué aquel un espectáculo horrendo. El rostro de Horoga burlaba su severidad con la mueca de una sonrisa adusta, mientras la madre, arrastrándose por el suelo, latía de alegría, sin preocuparse de su humillación, aureolada de amor maternal, hermosa como una página evangélica, y al fin sus dientes apresaron el billete.

Alzóse entonces con ímpetu. Salieron de su boca gritos triunfales. Ardieron sus ojos de dicha, y corrió a salvar a su hijo, a llevarle toda la vida plenaria y rica en promesas y, sin embargo, tan triste cuando se roza con el crimen.

Carter, espectador angustiado de aquella infamia, no pudo contener más tiempo las palabras que pugnaban por salir de sus labios.

—Has olvidado, Horoga—comenzó diciendo el bohemio—, que en el fondo de la depravación de toda mujer hay la cobardía inicial de un hombre. Despreciarlas a todas por sis-

tema, como tú lo haces, es una bellaquería.

El Conde miró a Carter sin alterarse, acaso compadeciéndose de la buena fe de su amigo.

—Lo que acabas de hacer — prosiguió el bohemio — es odioso...

Guardó silencio un instante y, mostrando el dinero que le había prestado Horoga, concluyó:

—Ten, soy un pobre... pero siento que este dinero por el que una madre se arrastró a tus pies para que pisoteases su augusto dolor, me quema las manos.

El bohemio arrojó los cuartos y salió. Se detuvo al pasar cerca de un mostrador; paseó sus ojos por los manjares que codiciaba su apetito, rebuscó con un afán pueril de hallar alguna moneda en sus bolsillos y, sintiendo su miseria, acalló sus hambres sin acordarse de que Horoga tenía siempre para él su cartera abierta.

\* \* \*

María Luisa había quedado huérfana. A la muerte de sus padres, acaecida un año después de divorciarse de Camajo, sus parientes más próximos, los señores de Briac, la recogieron, y la joven abandonó el palacio en que había nacido para irse a vivir en el de sus tutores.

La hija de Du Halt apacientaba su ánimo, libre ahora de las inquietudes de otros tiempos, gozando de una existencia apacible.

Lejos estaba ya de su recuerdo la memoria de los sucesos que la atormentaron. Desprendida del pasado, había sumido en el olvido los afanes y las angustias de los días en que el temor de que su padre, acosado por los acreedores, se suicidase, la llevó a unirse en matrimonio al barón de Camajo. De aquel frustrado enlace sólo le quedaba la impresión asqueante de la noche de bodas, en la que su cuerpo tembló de horror y su alma fué poseída por el miedo.

Ahora la vida ofrecíasele llana y fácil. Sus pies de doncella pisaban las sendas de la juventud con alegre descuido.

Entre los amigos de Briac contaba un tal Pachol, nuevo rico, hombre tosco que pretendía esconder bajo escamas de oro su natural plebeyo y la indigencia de su espíritu.

El señor Pachol sentía por Luisa una admiración dispuesta a correr el albur de las aspiraciones amorosas. Con ojos bovinos la miraba, deleitándose con el pensamiento de ser algún día su esposo, sin advertir que su aspecto villano y la rudeza de sus maneras no eran buenos aliados de su causa.

El señor Pachol no paraba mientes, sin embargo, en la falta de gentileza de su figura. Creía que lo mismo que se había hecho rico podía hacerse un hogar y que si el dinero conquista fáciles honores y mujeres más fáciles todavía, también podía conquistar el corazón de una mujer bella y sensible.

Era para el señor Briac, tío de Luisa, un suplicio tener que oír al nuevo rico pidiéndole que lo ayudase a lograr el amor de la joven.

—Háblele usted de mí—le decía.

—Eso no es cosa mía—rechazaba Briac.—Compréndalo usted.

—De acuerdo, pero no estaría de más insinuarle a Luisa que estoy enamorado de ella.

—Amigo Pachol, usted se equivoca y me equivoca. Mi papel cerca de mi sobrina no es el de casamentero precisamente, y aunque no me opondría a que se casase siempre que el hombre que eligiera fuese digno de ella, a mí no me estorba en casa.

—¿Es que usted cree que yo no soy digno de su sobrina?

—No es eso...

—Entonces... Hágame ese favor; háblele de mí... Dígale que poseo muchos millones...

—No insista usted, Pachol... Háblele usted, dígale que tiene una inmensa fortuna y de seguro que ella no callará su respuesta.

Algún tiempo después, pasado el luto de Luisa, los señores de Briac inauguraron sus salones.

Carter y Horoga contábanse entre los invitados.

El Conde, bien que su vida se orientase ahora hacia horizontes prohibidos, no dejaba de asistir a las reuniones mundanas, donde la presencia de la mujer—su eterno enemigo—facilitábale la satisfacción de sus odios.

El bohemio y Horoga se saludaron efusivamente. Carter, aun ignorando las razones de la conducta del Conde, suponía que una muy poderosa, quizás algún fracaso sentimental, lo pusiera en el trance de proceder como procedía. Claro que no por eso lo disculpaba; sin embargo, no podía por menos que apreciar en él, junto a sus innegables dotes de inteligencia

y honradez, una bondad siempre expresa y pronta a manifestarse si no chocaba en su camino con la mujer.

—Tengo una verdadera alegría al verte. Horoga — le dijo Carter.

—Permíteme que lo dude.

—¿Lo dices por lo que sucedió la última vez que nos vimos?

—Justamente.

—¡Ah, mi querido Horoga! ¡Me hiciste pasar entonces uno de los ratos más amargos de mi vida! Aquella pobre mujer, aquella madre que te honraba al pedirte una limosna para salvar a su hijo... no merecía ser tratada como la trataste.

—¿Pero de veras creíste que no mentía al hablarnos de su hijo?

—Claro que lo creí. ¿Por qué dudar de su sinceridad?

—Porque era mujer, sólo por eso; porque en todas las mujeres vive oculto el espíritu del mal, cuyo vehículo es la mentira.

Carter miró a Horoga con pena, compadeciéndolo.

—¿A qué viene tu odio contra las mujeres? — preguntó —. Lo mismo nosotros que ellas podemos ser ángeles o demonios... todo depende del lado a que nos inclinemos.

—No, Carter... La mujer, por serlo, valiéndose de sus encantos, utilizando como arma la seducción, ejerce una influencia maléfica sobre los hombres que no saben resistir el impulso de sus torpes deseos.

—¿Y por qué ha de ser maléfica y no benéfica su influencia?

—Porque ellas son incapaces de concebir el bien.

—Todos los extremos son viciosos, Horoga. La mujer puede ser carne de pecado y tener alma de infierno, pero ella resume en sí los sentimientos más sublimes, por los que es madre, hermana y esposa.

—Pues cásate, hombre. Estás perdiendo tu tiempo... Date prisa a buscar compañera. Ya verás luego como cualquier día sientes la necesidad de machacarle la cabeza con la suela de tus zapatos.

Callaron. Una multitud espesa y amadamada discurría por los salones de los señores de Briac... Oíase la música y el alegre rumor del baile.

Horoga vió a muchas jóvenes que se abandonaban en los brazos de sus parejas. Parecían dichosas. En sus ojos brillaba la esperanza y sus cuerpos se ofrecían a las miradas del Conde como nidos de vicio... Dudaba de la ingenuidad que palpitaba en sus semblantes sofocados, no creía en el entusiasmo con que algunas hablaban a sus prometidos y sus palabras antojábansele dichas con un innoble propósito... Apartó la vista con repugnancia.

—¡Si yo pudiese vengarme en una de todas ellas! — exclamó. — Si yo pudiese martirizar a uno de sus más bellos ejemplares!... Haré sonar mi dinero a ver si se acerca alguna.

El crimen de Isabela había sembrado en él un rencor implacable. Aquella mujer maldita, secando su alma al amor, lo había hundido en los abismos de la misoginia.

Era la hora en que los amigos del Conde acudían a casa de Isabela para decirle el es-

tado en que se encontraban sus planes de venganza.

Aquiles, Bibolo y el jorobado, simientes del mal, aceptaban la comisión de arruinar a Horoga sirviendo de cómplices a Isabela.

Aquella noche se presentaron más satisfechos que de costumbre. Ella adivinó que le traían buenas noticias.

—¿Cómo se ha dado el juego? — preguntó.

—Esta noche — dijo Aquiles — le hemos hecho perder 600,000 francos.

—¿Es cierto lo que decís?

—Tan cierto como que tengo los cuartos en el bolsillo.

—¡Bravo! — exclamó Isabela.— Seguid así y con otro esfuerzo concluiremos de arruinarlo.

—Aparte — añadió Bibolo, — de que gasta de tal manera que, aunque nosotros nada hicieramos, él se bastaría para quedarse sin blanca.

—Bien, pues ahora — explicó Isabela — vamos a darle el último golpe. Pronto ha de necesitar dinero y recurrirá a uno de vosotros; cuando eso ocurra, entonces habrá llegado el instante en que yo intervenga.

—¿Cómo no había de vacilar la razón del Conde sometida al maleficio de esta vampiresa?

Ella envenenó su sangre y puso en su alma, como un castigo, la maldición del odio.

Solo, aislado entre la multitud que llenaba los salones de los señores de Briac, sin acercarse a nadie ni aceptar compañía alguna, Horoga alimentaba la furia de su absurdo rencor.

—Sí — se dijo, — una de ellas pagará por todas... Pero ¿a cuál elegir? Ella ha de ser

tan guapa que sólo al verla se sienta la tentación de poseerla y de apariencia tan ingenua que sea como un placer nunca gustado el de vaciar las fuentes de sus lágrimas...

Se cruzó con Luisa. La joven se detuvo al verle, expresando una vivísima alegría.



—Como sólo sé ser desagradable — dijo el Conde—...

—Le saludo, Horoga... Se deja usted ver muy poco.

—Como sólo sé ser desagradable — dijo el Conde — y como nunca puedo callarme lo que siento, procuro no concurrir a estas fiestas donde siempre hallo motivos para molestar a los invitados con mis impertinencias.

La señorita de Du Halt estaba aquella noche más encantadora que nunca. Asomaban sus

hombros mórbidos, esguinzábase su cuerpo ti-  
bio y fino bajo el traje de baile y su rostro lle-  
no de ternura se animaba con el azul de una  
sonrisa sobre la que los ojos arrojaban su luz  
suave. Los tonos de marfil de su piel se con-  
jugaban con un brillo rosa, esencia destilada de  
sus venas, y sus cabellos compactos y nudo-  
sos ponían sobre su cabeza un casco de ama-  
azona.

Horoga la observó detallando su belleza. De  
pronto, subrayando las palabras con mordaz  
ironía, dijo:

—¿Qué? ¿Encuentra usted el baile más di-  
vertido que el convento?

Ella tomó a broma las palabras del Conde.

—Se puede estar a bien con Dios y, sin em-  
bargo, asistir a estas fiestas.

—No nos engañemos, Luisa. Sea usted una  
vez sincera y confiese que todas sus ilusiones  
de ser monja fueron llamas de paja, que ni ce-  
nizas dejaron.

Luisa titubeó oyendo al Conde que le habla-  
ba rasgando las palabras, haciéndolas hirientes y  
mirándola con ojos en los que lucía una irrita-  
ción sin fundamento.

—Por qué me habla usted así? — preguntó  
sintiendo que el llanto acudía a sus ojos.

—Le hablo así porque soy un mal educado.  
Hace tiempo que debía usted saberlo, pero sin  
duda lo olvidó.

—Lo único que recordaba de usted era su  
generosidad — repuso la joven.

—Pues olvide usted eso también. No me in-  
teresan los elogios de una mujer.

Ella tuvo que buscar un apoyo para soste-

nerse. El misterio de la actitud de Horoga la  
envolvía sofocándola, lastimando su corazón.

—¿Qué quiere usted decirme al hablarme  
así? — inquirió.

—No quiero decirle sino lo que le dije...  
Haga usted memoria de las fases más impor-  
tantes por las que pasó su vida hasta hoy...  
Veamos: primero pensó usted entrar en un  
convento para dedicarse a una vida de peniten-  
cia y oración. ¡Bonita postura! Luego se casó  
usted y abandonó a su marido... ¿Es que Ca-  
majo no tenía el dinero suficiente que usted  
necesitaba para satisfacer sus caprichos?

Luisa se acongojó. Sus ojos se cegaron con  
las lágrimas... Ella, que sentía por él una ad-  
miration sin límites, que no olvidaba su inter-  
vención salvando a su padre en el instante en  
que se iba a suicidar, que cultivaba su recuer-  
do como el de un hombre superior, aspiró las  
amargas palabras como en un suplicio dolo-  
rosísimo.

—¿Qué le hice yo para que me trate con  
tanta dureza?

—Vuelvo a decirle — repuso el Conde —  
que soy un mal educado... pero no puedo ca-  
llarme... Yo también creía que usted era sen-  
cilla y buena, que sólo por espíritu de sacrificio  
accedió a casarse con Camajo... Sí, todo esto  
lo creí alguna vez, mas ahora ya no creo en  
nada de lo que antes creía.

El cuerpo de Luisa parecía rendirse a la pe-  
sadumbre de estas censuras sin justificación.

—No me hable usted así — rogó.

—¡En usted como en las demás sólo hay sed  
de oro!... ¡Es usted como todas!

Horoga se había acercado a la joven y la

abrumaba con los desplantes de su desprecio.

—¡Lo mismo que todas!

—¡Cállese, Horoga!... Váyase... Déjeme...

—No, aun no — insistió en Conde. — Antes quiero decirle que no la estimo a usted más que a las mujeres que todas las noches pisoteo y escupo en las calles.

Aterrada, herida en sus sentimientos más íntimos, Luisa separóse del Conde, yendo a ocultarse en la soledad de su alcoba...

Ella no se explicaba, no podía comprender por qué Horoga, siendo esencialmente bueno, la había ofendido aplastando con su brutalidad la pureza de sus intenciones. Para su alma sencilla, en la que nunca plantó su torpeza un mal pensamiento, la actitud del Conde carecía de sentido, era un exabrupto sin justificación ni disculpa posible.

En esta noche el sueño no descendió sobre los ojos de la joven, martirizada por la visión de Horoga que arrojaba sobre ella el ácido corrosivo de sus groserías. Quiso apartarlo del recuerdo y no lo consiguió. Y en sus esfuerzos por huirlle, frente al Horoga injurioso comenzó a ver al que en otros días hubo de llegar a su casa, magnánimo y admirable, librando al Marqués de la deshonra y de la muerte. El Horoga de entonces y el Horoga de ahora se le mostraban distintos, como formas desdobladas de una misma substancia. Luchó por confundirlos, queriendo ocultar el hombre brutal bajo el alma luminosa del hombre bondadoso, y no pudo.

—¿Estará loco? — se preguntó.

Sí, Horoga estaba loco. Su locura no tomaba la expresión de los habitantes carcelarios de

las casas de salud; era de una naturaleza distinta. Su locura sólo se manifestaba cerca de la mujer, cuya perversión, enquistada como idea fija en su pensamiento, se le antojaba algo indiscutible.

El, sin embargo, sufrió espantosamente. Cogido en las mallas de su enfermedad, no le era posible el más ligero intento de lucha. Odiaba y no podía curarse de su odio, y este odio lo iba consumiendo, devoraba sus entrañas y le mordía en el alma ansiosa de volar a un cielo sin nubes.

Bastó que Isabela rasgase el velo de sus ilusiones, lanzándole desde las alturas de su amor a los precipicios del odio, para que Horoga hubiese roto con su pasado, haciendo de su vida una loca carrera en la que sus pies pisaban corazones femeninos.

Acaso fué el de Luisa el que más sufrió, porque ella también, lo mismo que el Conde, veía derrumbarse su fe en el hombre que le había servido de guía en momentos decisivos, cuya grandeza de alma la animara a elevarse por encima de todo egoísmo...

Al día siguiente Luisa escribió a su padrino, el doctor Drouot, refiriéndole sus penas y contándole su malaventura con Horoga.

Dos fechas más tarde, tuvo respuesta de Drouot, que conocía la historia de Horoga, utilizándola en su contestación a su ahijada para, si no justificar, cuando menos disculpar la conducta del Conde.

La carta concluía así:

*“...No debe, pues, extrañarte el odio de nuestro amigo hacia vosotras. Muchos son los*

*"que, ante la desproporción del ideal soñado y de la realidad, terminan aborreciendo a la mujer por sistema..."*

La lectura de la carta de su padrino, a pesar de su sentido doloroso, calmó la angustia de Luisa. Algo así como una compasión muy dulce vino a desplazar su amarga tristeza.

—Pobre Horoga! — dijo.

Y unas ideas risueñas albopearon en su pensamiento, dirigido al Conde como a una última meta, como a un fin admirable; y en alcanzarlo puso ella su ilusión desde entonces. De nuevo el móvil del sacrificio iba a empujarla en la vida. Pero entre este sacrificio de ahora y el que hizo casándose con Camajo había una notable diferencia, que consistía en que el sacrificio para el que se preparaba aureolábase con el deseo del triunfo, estimulándose con una admiración fecunda y enriqueciéndose con una ternura muy honda por el hombre a quien debía el beneficio impagable de que su padre no se hubiera suicidado y de que la miseria castigase su casa.

De sus sueños vino a arrancarla el señor Pachol. El nuevo rico traía combinado un plan de ataque para convencer a Luisa de que fuera la señora Pachol.

—Señorita...

Pachol titubeó un poco desconcertado por la poca amabilidad con que Luisa se dispuso a oírle... Sentóse cerca de la joven y, como si esta proximidad lo alentase, expuso sus pretensiones en seco:

—Yo quiero casarme con usted... ¡La adoro a usted, señorita!

—; Pero señor Pachol!

—Como se lo digo... ¡La adoro! Cásese conmigo. Tengo una inmensa fortuna: dos palacios, cinco autos, tres cotos de caza, veinticinco criados, un castillo en Normandía y una fábrica de ropa hechas en Auvernia, caballos de carreras, un yate, catorce rifles para la caza del tigre, ocho tiros de coche... Y todo esto se lo ofrezco a usted, señorita. ¡Todo!

—Muchas gracias, pero no siento la necesidad de poseer tantas cosas.

Pachol se enardeció al extremo de coger una de las manos de la joven.

—¡Améme, señorita!... ¡Sea usted mi esposa!

Luisa quiso librarse del entusiasmo del nuevo rico y se levantó.

—Tenga la bondad... Retírese... Ya lo he oído demasiado.

Ante este desengaño, el pretendiente, creyendo que la audacia es siempre un recurso persuasivo, atrevióse a coger de la cintura a Luisa, que chilló indignada, rebelándose contra el ataque de aquel fauno gordo y espeso.

—¡Suélteme usted!

—Luisa, mi amor...

Comenzó una lucha ridícula. El nuevo rico no renunciaba a expresar su cariño y quería de grado o por fuerza, casándose o sin casar, que la joven se abandonase entre sus brazos velludos.

Inesperadamente se presentó Horoga, abalanzóse sobre Pachol y libró a la señorita Du Halt de la afición del nuevo rico.

Pachol, ante esta intervención, lleno de sor-

da cólera, pero temiendo los puños del Conde, se retiró.

—Se ha portado usted como lo hubiera hecho antes... cuando la grandeza de su alma no se refrenaba para manifestarse libremente — dijo Luisa estrechando las manos de Horoga.

—Pues aquella alma tan hermosa — replicó el Conde —, huyó de este mundo asqueada de ver el negro fondo de una criatura de su sexo.

—No, Horoga, aquella alma sufre dentro de su corazón viéndose aherrojada por una voluntad funesta.

El Conde tuvo un amplio gesto de despecho.  
—¡Bah!... Palabras de mujer.

—Palabras de mujer que no olvidará nunca lo que usted hizo por su padre. Palabras de mujer que sufre viéndole sufrir a usted...

Horoga miró a Luisa atentamente, como si quisiera penetrar en su alma.

—No siga por ahí... Usted me habla de ese modo, aun viéndome viejo, porque supone que aun poseo millones, ¿no es verdad?

Y Horoga, como si temiera que la ingenuidad de Luisa hiciese vacilar su odio, se marchó, mientras ella con voz triste en que la esperanza tejía un bello sueño, murmuró:

—¡Pobre Horoga!... Si supieras la admiración que en toda mujer despierta la grandeza de un alma como la tuya!...

En la noche de aquel día, el Conde, poco después de la una, entró en "El Gato Azul", uno de los cabarets más lujosos de la ciudad.

Isabela tenía una mesa reservada.

Horoga fué pasando por entre las parejas que se ceñían en un baile rabioso de lascivia,

danza desarticulada de seres febriles, sacudidos por la voluptuosidad... Sus ojos sólo se posaban en las mujeres mostrándoles los dientes aguzados como si quisiera hacerles daño. Carecía de sensibilidad para advertir el calvario de estas desdichadas, a las que sacrificó en un día lejano de su juventud la inconsciencia o la canallada de un hombre. Y las miraba como a espíritus protervos injertos en carne de pecado, ángeles del mal que cruzan por el mundo dejando tras sí una estela de sangre y de lágrimas.

Se acercó a una mesa en la que una deliciosa jovencita cenaba con su amigo de aquella noche.

—¡Hola, muñeca!... ¡Cómo te has compuesto para hacer buena caza! Lo que es hoy vas a vaciar muchos bolsillos.

Sin mirar al amigo de la mujer, Horoga puso su mano sobre su cabeza.

—¿Quién es usted y cómo se atreve a molestarnos?

Horoga soltó su risa.

—¡Imbécil! — exclamó... — Se altera usted por defender *esto*?

Seguro de sí mismo, salpicando con su odio a las mujeres que se encontraba a su paso, siguió avanzando por la sala.

—¡Ahí viene Horoga! — dijo una rubia de ojos azules. — ¡A ver quién se la carga hoy!

—Tú misma, paloma — gritó el Conde.

Y, cogiéndola de los cabellos, la derribó.

Levantóse un murmullo de protestas a su alrededor. Los ojos del Conde miraron desafiadadores. Súbito cayó sobre él un grito.

—Cobarde!

Alzó la mirada centelleante y distinguió a Isabela, que desde que había entrado no lo perdía de vista y que lanzó contra él la furia de su voz como un rugido de rebeldía al ver cómo trataba a una compañera.

El Conde se distendió dispuesto a la agresión. Fulguraron sus ojos llameando de ira y dió un paso dirigiéndose a la mujer que tanto daño le hizo...

...Un hombre se interpuso en su camino. De un golpe, Horoga lo apartó, y siguió su marcha, fijos los ojos en Isabela, sintiendo que sus manos se crispaban, torturado por ideas homicidas...

Era su aspecto el del hombre que presiente el crimen. La expresión de su rostro volvía a adquirir la rigidez muscular de la noche en que perdió la razón, después de dar muerte a Bernardo.

Nadie se atrevió a oponérselé y él prosiguió marchando, recto y seguro.

Isabela lo vió venir y se mantuvo en su actitud desafiadora. De su boca salía de cuando en cuando el grito agresivo:

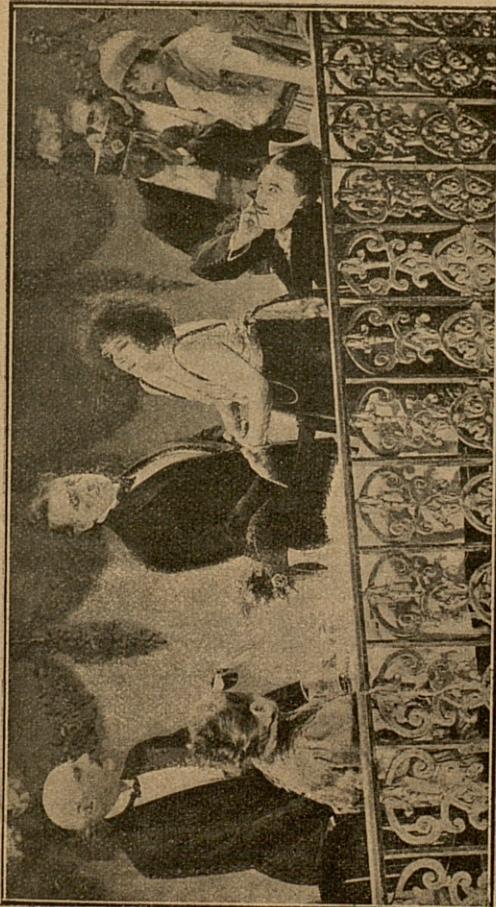
—¡Cobarde!

Horoga llegó hasta ella, engarfió los dedos en su cabellera y la arrastró:

—¡Ven, quiero matarte!...

Se produjo un tumulto. La cobardía de los hombres no se atrevía a liberar a la mujer del ultraje. Corrían las pobres hembras angustiadas, temiendo ser todas víctimas del mismo odio. Y por entre los gritos confusos, seguía oyéndose la voz de Horoga:

—¡Tú eres la parte material del género hu-



— ¡Ven, quiero matarte!

mano!... ¡Tú eres la serpiente del paraíso!...  
¡Ven, quiero destruirte!

Arrastrábala detrás de sí como un despojo,  
befándola, poniendo los pies sobre su cuerpo  
magullado.

...Y mientras en el cabaret, los hombres y  
mujeres apretujábanse para presenciar la ven-  
ganza del Conde, en el silencio de su alcoba  
Luisa concebía las más alegres esperanzas.

Ella soñaba pensando en Horoga.

¡Qué hermoso sería redimir su alma del  
odio! — se dijo.

Proyectaba su pensamiento hacia un próxi-  
mo porvenir.

—...La desgracia me lleva a él... ¿Quién sa-  
be?... Quizá me conduzca a la felicidad.

Veíase en el tiempo consagrando su vida  
a Horoga, en una tarea admirable que debía  
sembrar en su corazón la fe perdida en la mu-  
jer...

—¿Qué mejor recompensa podía ofrecerle  
por su gesto de entonces?... ¡Salvarle a fuer-  
za de abnegación y sacrificio!...

Adivinaba cubierto de espinas el camino, pe-  
ro no le importaba. Sus pies se llagarían. Aca-  
so no tuviese lágrimas bastantes para resca-  
tarlo...

—¡Ninguna causa más grande para consa-  
grar a ella mi existencia!... ¡Eso sí que sería  
servir a Dios! — exclamó.

Y medida por estos pensamientos, Luisa se  
dejó coger por el sueño y traspuso los umbras-  
les de la vigilia.

## V

## LAS RUTAS DEL SACRIFICIO

Han transcurrido dos años. Uno hace que se  
unieron en matrimonio la señorita de Du Halt  
y el Conde de Horoga. Ella acercóse al altar  
con el espíritu encendido por la obra de abne-  
gación, que se proponía realizar y él acudió a  
la piedra sagrada pensando en sus torpes pla-  
nes de venganza.

Fué una labor constante de todos los días y  
de todas las horas. Luisa habiérase propuesto sal-  
var a Horoga cegando su odio y se le ofreció  
como la mujer que él buscaba para vengarse en  
ella de todas.

Como una víctima blanca, sin recelos, llena  
de confianza en la misión que se impuso, hizo  
que su alma se encendiese de amor por el  
Conde.

—Sabe usted la vida que le espera si se  
casa conmigo? — habíale preguntado él en  
cierta ocasión.

—Yo le amo a usted y estoy dispuesta a ser  
su esclava.

—Creo haberle dicho que no creo en prome-  
sas de mujer — repuso él.

—Concluirá usted por creer en mí.

—Pero si la odio como a las demás!

—Algún día me querrá... Tengo fe en mi  
cariño.

mano!... ¡Tú eres la serpiente del paraíso!...  
¡Ven, quiero destruirte!

Arrastrábala detrás de sí como un despojo,  
befándola, poniendo los pies sobre su cuerpo  
magullado.

...Y mientras en el cabaret, los hombres y  
mujeres apretujábanse para presenciar la ven-  
ganza del Conde, en el silencio de su alcoba  
Luisa concebía las más alegres esperanzas.

Ella soñaba pensando en Horoga.

¡Qué hermoso sería redimir su alma del  
odio! — se dijo.

Proyectaba su pensamiento hacia un próxi-  
mo porvenir.

—...La desgracia me lleva a él... ¿Quién sa-  
be?... Quizá me conduzca a la felicidad.

Veíase en el tiempo consagrando su vida  
a Horoga, en una tarea admirable que debía  
sembrar en su corazón la fe perdida en la mu-  
jer...

—¿Qué mejor recompensa podía ofrecerle  
por su gesto de entonces?... ¡Salvarle a fuer-  
za de abnegación y sacrificio!...

Adivinaba cubierto de espinas el camino, pe-  
ro no le importaba. Sus pies se llagarían. Aca-  
so no tuviese lágrimas bastantes para resca-  
tarlo...

—¡Ninguna causa más grande para consa-  
grar a ella mi existencia!... ¡Eso sí que sería  
servir a Dios! — exclamó.

Y mecida por estos pensamientos, Luisa se  
dejó coger por el sueño y traspuso los umbra-  
les de la vigilia.

## V

## LAS RUTAS DEL SACRIFICIO

Han transcurrido dos años. Uno hace que se  
unieron en matrimonio la señorita de Du Halt  
y el Conde de Horoga. Ella acercóse al altar  
con el espíritu encendido por la obra de abne-  
gación que se proponía realizar y él acudió a  
la piedra sagrada pensando en sus torpes pla-  
nes de venganza.

Fué una labor constante de todos los días y  
de todas las horas. Luisa habiérase propuesto sal-  
var a Horoga cegando su odio y se le ofreció  
como la mujer que él buscaba para vengarse en  
ella de todas.

Como una víctima blanca, sin recelos, llena  
de confianza en la misión que se impuso, hizo  
que su alma se encendiese de amor por el  
Conde.

—Sabe usted la vida que le espera si se  
casa conmigo? — habíale preguntado él en  
cierta ocasión.

—Yo le amo a usted y estoy dispuesta a ser  
su esclava.

—Creo haberle dicho que no creo en prome-  
sas de mujer — repuso él.

—Concluirá usted por creer en mí.

—Pero si la odio como a las demás!

—Algún día me querrá... Tengo fe en mi  
cariño.

Y Luisa, con una tenacidad incesante, convenció al Conde de que la tomase por mujer y de que ensayase en ella su odio.

Bajo los auspicios de un desafío se hizo aquel enlace. En Horoga palpitaba el ansia inícuo de saciar sus recores y en ella el fervoroso afán de librarlo del mal que lo devoraba.

Desde el primer día de matrimonio comenzó la lucha. El Conde buscó todos los medios de herir a su mujer, de quemar sus párpados con el llanto, de estrujar su corazón con las ofensas más horrendas. Su brutalidad no cejó ni un instante de oprimir a la dulce mujer que se atrevió a aceptarlo como esposo.

El Conde después de casarse continuó en su vida, persiguiendo por los cabarets la consunción de su existencia entre la turba de las mujeres del placer y de los hombres nacidos para el delito.

Llegaba por las noches a su casa con las huellas de su éxodo.

Luisa notaba que su marido persistía en sus negras ideas. Lloraba a solas, y su amor, siempre vigilante, rodeaba al Conde de tiernas atenciones, que él aceptaba sin que a sus ojos asomase nunca una mirada amable. Parecía que tuviese seco el corazón.

De su matrimonio había nacido un hijo, supremo consuelo que ayudaba a Luisa a sufrir sin protestas los malos tratos de Horoga.

El resistiérase a creer en el cariño de su mujer. El nacimiento de su hijo no le arrastró a postrarse a las plantas de la mártir que le consagraba su vida sin una queja, y que, después de darle su amor inmenso, le había hecho gustar las delicias de la paternidad. Frio e indife-

rente a las muestras de cariño de Luisa, obstinábase en permanecer con los ojos cerrados a aquél milagro de una ternura sin pausas ni vacilaciones.

Con su odio virulento proseguía en su obra de arrancar a su esposa todos los gemidos de su carne maltratada y de su alma escarneida. Su desprecio realizaba la obra de castigar a la dulce mujer, que vivía rendida a sus pies, siempre humilde y siempre cariñosa.

Le negaba hasta el nombre para lastimarla más.

—¿Por qué lloras, mujer?

—Porque te veo sufrir.

—Mientes... Lloras porque no logras dominarme, porque me resisto a someterme a tus caprichos.

—No dudes de mi, Horoga... Mis lágrimas no son egoístas. Al verterlas no pienso en mí sino en ti.

—Mientes, vuelvo a decirte... Lloras porque no me dejó tiranizar por tus encantos.

—Si te molestan mis lágrimas — decía ella — procuraré ocultarlas.

—Te conozco, mujer — insistía Horoga, sordo a los llamamientos de su alma. — Te conozco y presumo el fin que persigues.

—Si yo pudiera abrirte mi pecho, leerías dentro de él... Entonces caería la venda que oculta la verdad a tus ojos.

—Cállate, mujer... La mentira asoma a tus labios.

Y así todos los días, todas las horas, siempre, siempre...

Luisa, sin vacilar, continuaba su obra. Llena de confianza en sí misma, la duda no se

albergaba en su corazón, aunque él hiciese todo lo que le era dable para herirla.

Mientras tanto Isabela, con la colaboración de sus cómplices, proseguía realizando sus planes. El Conde llevaba perdida al juego casi toda su fortuna. De su patrimonio sólo le restaba la finca de Camargo, el castillo en el que su vida hizo crisis al verter la sangre pura de un inocente por el maleficio de una mujer maldita.

Concluyó por tener serios apuros de dinero y, como Isabela lo había previsto, recurrió a uno de sus amigos.

Una mañana, el Conde recibió la visita de Aquiles y Bibolo, a los que había referido lo angustioso de su situación económica, que venían a proponerle un préstamo usurario.

Luisa, atenta a todo lo que se relacionase con su marido, temiendo un desastre, avizoró detrás de la puerta del despacho.

—¿Habéis resuelto algo? — preguntó el Conde a sus amigos.

—Hemos encontrado un prestamista que se ofrece a facilitaros la cantidad que necesitáis.

—Depende de las condiciones que imponga.

—No pueden ser más favorables — dijo Aquiles.

—Podéis aceptarlas — indicó Bibolo. — Tal como están los tiempos no encontraríais nada mejor.

—¿Traéis el contrato?

—Aquí lo tengo.

Aquiles desdobló un pliego de papel y leyó:

“...Queda terminantemente estipulado que si el Conde de Horoga no devuelve la suma de

“700.000 francos en el término de noventa días, todos sus bienes, tierras y ganados de Camargo pasarán a ser propiedad del prestador...”

—¡Pero eso es un robo! — protestó el Conde. — No estoy dispuesto a firmar ese contrato.

—Querido amigo — repuso Bibolo —, noventa días es tiempo más que sobrado para que pueda usted devolver el dinero.

—¿Y si no pudiese?... Basta, acabemos; se me tiende un lazo y no estoy dispuesto a dejarme coger.

—Atiende, Horoga. Aunque en el contrato se fija el término de noventa días, puedo, para tu tranquilidad, asegurarte que se te concederán las prórrogas que necesites.

—Siendo así...

—Pues claro... Estando nosotros de por medio se te darán toda clase de facilidades.

Luisa que atisaba detrás de la puerta, comprendió en seguida que si su marido aceptaba el préstamo, aquellos hombres no cumplirían su palabra y que llegado el vencimiento, si el Conde no tenía el dinero, lo despojarían de Camargo. Su fino instinto de mujer le dió a conocer el peligro.

—¿Cómo evitarlo? — se preguntó.

Ella carecía de autoridad cerca de su marido. Sin embargo... Abrió la puerta.

Aquiles y Bibolo al verla soltaron su risa.

—¿Cómo? — dijo Aquiles. — Hasta este punto te has reconciliado con las mujeres que permites a la tuya que se entere de tus asuntos espiando detrás de la puerta?

El Conde volvióse a su mujer, detenida a la entrada del despacho.

—¿Qué vienes tú a hacer aquí?

Se levantó dirigiéndose a Luisa, que lo esperaba temblorosa de miedo.

—Esos hombres te engañan, Horoga — le dijo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Es que te arruinarán.

—Ah, vamos! Lo que te inquieta es que tú puedas necesitar algún día dinero para trapos y que yo no pueda dártelo.

La cogió de un brazo y la empujó con violencia, cerrando luego la puerta. Oyóse un gemido y luego el rumor de unos pasos que se alejaban.

—Muy bien, Horoga! — exclamó Bibolo. — Acabas de portarte como quien eres.

Y el Conde, sin oír los consejos de su mujer, firmó el contrato de préstamo, jalón que Isabel ponía cerca ya del término de su venganza con el siniestro propósito de uncirlo al yugo de la miseria.

En su proterva insania, para aumentar los suplicios de Luisa, el Conde solía invitar a su casa a sus relaciones del cabaret. Todos los días tenía invitados y eran las tales gentes de vergonzosas costumbres, hombres y mujeres, ellos insidiosos y groseros, y ellas sucias y deslenguadas.

Luisa aceptaba esta nueva cruz sin rebelarse. En la mesa era el objeto de los comentarios soeces y de las burlas de su marido y de sus amigos sin que su rostro se alterase. Permanecía sonriente y no había ofensa que debili-

tara su voluntad ni doblegase su espíritu de sacrificio.

Un día, la servidumbre del Conde, cansada del excesivo trabajo que pesaba sobre ellos, protestó.

Luisa tuvo que sufrir las inconveniencias de sus criados.

—Nunca creímos que esto fuera un restaurante... O se nos paga el doble, o nos vamos inmediatamente.

Como de costumbre Horoga tenía invitados y su mujer inquietóse temerosa de que no hubiese en casa quién pudiera servirlos.

—Quédense ustedes por hoy — les rogó.

—Si acepta usted nuestras condiciones, nos quedaremos y si no, ahora mismo nos vamos.

Ella no disponía de dinero y tuvo que resignarse a dejarlos marchar.

Cuando Horoga lo supo sintióse halagado por una idea ruín.

—Ya que no supiste evitar que se fueran, tú nos servirás — le dijo.

Luisa hizo más dulce su sonrisa.

—Es lo único que puedes hacer, ya que para otra cosa no sirves — añadió el Conde.

—Para mí — repuso ella — es siempre un placer complacerte.

El no quiso dejarse vencer por su bondad y dijo secamente:

—Basta de palabras... ¡A tu trabajo! La comida tiene que estar a la hora de siempre.

Marchóse Horoga dejando a su mujer en la cocina.

Luisa habíase dispuesto ya para hacer la faena de los criados. Una intensa luz iluminaba su rostro.

—¡Debo salvarlo aunque perezca! — exclamó.

Y sus manos liliales, de piel sedosa, que sólo sabían acariciar, se lastimaron en la ruda tarea de encender el fuego.

Al poco volvió el Conde; la actitud de su mujer no logró conmoverle.

—Te advierto que seremos ocho a la mesa— le dijo.

—Aun cuando fuerais ciento, os serviría con el mismo gusto.

Su voz blanda no sonaba nunca a queja; era siempre terso y suave su timbre.

Aquella constancia en vencer su resistencia al bien, producía en Horoga un efecto contrario. El hubiera deseado que ella protestase, pero Luisa no conocía el grito subversivo como si en su garganta sólo hubiese notas amables.

—¿Qué, te decides a trabajar? — le preguntó él.

—Haré siempre lo que tú quieras.

—¡Imbécil!... Cada día observo en ti un alma más negra. Tú eres de esas mujeres voluntariosas que no cejan en sus proyectos hasta conseguir lo que se proponen.

—Es verdad — replicó Luisa. — Me he propuesto conquistarte, hacer que tu corazón se encienda de cariño hacia mí y me sostengo firme en mis propósitos hasta que logre arrancarte una palabra de amor.

—Bueno, estoy harto de oír tus lamentos caritativos... Sé que alardeas de compasión hacia mí y esto me molesta... A otra cosa; en cuanto lleguen mis invitados disponte a servirnos.

—Espero que quedarás satisfecho de tu mujercita.

Horoga se indignó de que ella le hablase siempre del mismo modo, sin amargura y sumisa a sus mandatos.

—¿Cuándo dejarás de hacer el papel de virtuosa? — preguntó. — Si sabes que no he de



—Bueno, estoy harto de oír tus lamentos caritativos...

creerte, ¿por qué te fatigas en perseguirme con tu cariño que desprecio?

—Algún día pensarás de otro modo...

Aquella mujer era invencible. El Conde la dejó, irritado por su ternura, que lo llamaba trabajando en su corazón para emblanecerlo.

Así llevaban viviendo un año. Algunas veces Luisa sentía que su alma desfallecía su-

mergiéndose en el mar salobre del odio de su marido. Entonces buscaba en su hijo nuevas fuerzas con que proseguir su labor admirable, subiendo por los caminos espinosos del martirio que se había impuesto, alzando los ojos hacia las alturas que coronarían su obra con las bienaventuranzas de la dicha.

Por primera vez vestía el delantal de la criada. Arremangóse los brazos y los puso debajo del grifo del fregadero, como sierva acepta a Dios que no se opone nunca a su destino.

Acordóse del incidente de aquella mañana cuando queriendo velar por los intereses de su esposo, intentó defenderlo acudiendo a su despacho para que no aceptase el préstamo que le ofrecían los cómplices de Isabela.

—¿Estará, incomodado por mi oficiosa curiosidad? — se preguntó.

Pensó que debía acercarse a él para hacerse perdonar su falta, y aunque estaba segura de que su marido no creería en su sinceridad, lo buscó en sus habitaciones.

Se detuvo antes de entrar.

—¿Me permites que pase? — preguntó.

—Pasa, dí pronto lo que sea, y si es alguna tontería, cállatela y vuélvete por donde has venido — contestó él.

—Vengo — expuso ella — a pedirte perdón por haber querido escuchar lo que hablabas esta mañana con los amigos que estuvieron a verte.

—Pues podías ahorrarte el viaje. Ni quiero que me pidas perdón ni si tuviese algo que perdonarte lograrías de mí la absolución de tu enorme delito de ser mujer.

—No importa, Horoga... He sido culpable y lo reconozco. Dí, ¿me perdonas?

Le temblaba la voz. Miraban sus ojos titilando a través de una lágrima.

El sintióse sacudido por una fuerte emoción. ¿Qué mujer era aquella que a sus brutalidades respondía con su amor?

Allí estaba, frente a él, turbada y triste.

—Esas gentes que te rodean—añadió Luisa —te quieren mal... Sólo buscan tu ruina.

Volvió el odio a descomponer las facciones del Conde.

—¡Ya salió el interés!—exclamó.

—El interés por tí.

—No, el otro—gritó Horoga.— El otro, que es el único que os mueve... ¡acaso te espanta la miseria al lado de un hombre que no aceptaste más que por su dinero?

—¿Cómo puedes decir eso?

—Pero es que me supones tan idiota que intentas hacerme creer que si te casaste conmigo fué por cariño?

—Estás ciego, Horoga... Brilla la luz delante de tus ojos y no la ves... ¿Por qué no aceptas los hechos tal como son y no que los deformas martirizándome y martirizándote?

—Creo que ya te he oído bastante... No dirás que tu marido no es complaciente.

—Oyeme, Horoga.

—¿Más aún?

—Por tí mismo, querido mío, por tí mismo... Enciérrate un momento a solas y piensa en tu vida... Si en ella hubo un error, debes reconocer que la culpa no fué mía, y entonces habré logrado lo que me propuse.

La duda nació en el pensamiento del Conde.

La abnegación de Luisa era más fuerte que él. Luchaban en su corazón el genio del bien y el genio del mal. ¿Cuál de ellos sería el vencedor?

Mas llevaba ya tantos años educándose en el odio, que no podía su alma ser presa fácil del sentimiento contrario.

Con un esfuerzo tornó a su carácter adusto, en el que el desprecio era un centinela avanzado.

—Me molesta tener que oírte. Tus palabras resbalan sobre mí, blandas y viscosas. Vete ya.

—Bien, me iré... Soy la madre de tu hijo; mis entrañas fueron fecundadas para que mi amor tuviese la gloria de que en mí se forjase un nuevo ser, carne de tu carne y, sin embargo, lo olvidas.

Pero él quería resistir, rechazaba las voces que se levantaban en su corazón mostrándole el prodigo de aquella mujer, cuyo espíritu parecía engendrado con substancia divina.

—En la cocina está tu obligación—dijo.

—Lo sé y no te dejaré defraudádo... Mas permíteme que permanezca a tu lado unos instantes. Ninguna dicha igual para mí.

—Mientes.

—¡Ah, si yo pudiera arrancarte de la ciudad!... ¿Por qué no quieres que vayamos a pasar una temporada a Camargo?... Allí, solos los dos, verías de lo que es capaz mi cariño y llegaría un momento en que, vencido por mí fe en tí, concluirías queriéndome un poco.

—En mi corazón sólo hay odio para vosotras.

Luisa sintió que su alma lloraba lágrimas de sangre.

—Tú que nunca negaste una limosna al que

se te acercó mostrándote su miseria, ¿me niegas a mí la limosna de amor que te pido? ¡Horoga, Horoga! Bien poco es lo que quisiera de ti; una caridad, sólo una caridad... Yo soy una miserable de amor, una pobre de pedir que se arrasta a tus pies y te ruega que la socorras...

Los ojos de Luisa se inundaron. Resbaló el llanto por su rostro. Una palidez macerada por los sufrimientos apagaba el color de sus mejillas, y tenía su actitud un sentido desolador...

—Mírame, Horoga... Llego hasta ti agonizando de pena. ¿No oyes los gemidos de mi alma? Es que mi alma está muy triste... Mírame, Horoga... Llego hasta tí muriéndome de angustia. ¿No oyes cómo se lamenta mi corazón? Es que mi corazón tiene hambre de cariño...

Tremolaba su voz, larga y sostenida como la queja del viento en una noche de marzo.

—¡Una limosna, Horoga!... Te tiendo mi mano abierta. ¡Llénala con la caridad!... ¿No quieres oírme? Te pido muy poco. Me bastaría con una suma insignificante: un centimito de cariño nada más y yo sería dichosa.

El Conde llevóse las manos al pecho para estrecharlo y sofocar los gritos que nacían en él.

—Un centimito de cariño!—insistió Luisa. —Un centimito de cariño para tu mujercita que es una pobre de pedir!

Ella vió de pronto como los ojos de él se iluminaban con una luz nueva. Ella lo vió estremecerse, como si dentro de él se estuviera realizando una transformación estupenda... No quiso insistir y se retiró. Estaba satisfecha porque había sabido arrojar en su alma los gérmenes de la fe. Más tarde o más pronto flo-

recerían y entonces podría gozarse con su perfume.

—¡Lo salvaré! — exclamó —. He visto cómo su corazón despertaba... ¡Lo salvaré!

En el transcurso de breves instantes, Horoga fué batido por afectos encontrados. Se guía oyendo la voz implorante de su mujer que disolvía su rencor. Aquella almita buena, armada de su bondad, con una paciencia que debía alimentarse en algún cielo ignoto, iba lentamente, sin desfallecimientos, abriendo brecha en su alma cerrada y endurecida. Comenzaba a sentir cómo se desmoronaba la cantera de su odio y cómo en los lugares que dejaba al descubierto el hierro de un amor de maravilla surgian fuentes que manaban aguas claras y de azul transparencia, por la que bogarían pronto sus ideas marchando hacia un país olvidado, camino de la ciudad eterna en la que sólo tienen entrada la bondad y el bien.

Sintió vacilar sus convicciones y el frío del terror corrió por sus venas.

—¿Y si estuviese equivocado? — se preguntó.

Ante sus ojos desfilaron los días de aquel año, en los que el veneno de su rencor aciduló su palabra, puso en sus ojos miradas perversas y dió a todos sus actos un valor de crimen y de ultraje.

—¡Sería espantoso que esta mujer, que ella, mi Luisa, fuera la víctima de mi odio!

De nuevo la vió, siempre humilde, siempre resignada con su suerte, rodeándolo con su ternura. Recordaba las lágrimas que le había hecho verter y las noches que la hiciera esperar, manteniéndola en vela, hasta que él re-

gresaba de sus correrías por todos los garitos.

—¿Pero cómo es posible que existan dos mujeres tan distintas: la una, Isabela, fruto podrido de ponzofía, y la otra, Luisa, flor magnífica de pureza?... ¡Oh, no, sería una contradicción absurda!



—¿Y si estuviese equivocado?

El espanto que le producía el que su mujer hubiera servido de yunque en que el martillo de su odio estuviera golpeando durante un año, le hacía retroceder lleno de dudas.

—Y sin embargo... Esa constancia...

Tuvo el deseo de romper súbitamente con todas las resistencias que pujaban de su alma y lanzarse desbordando de amor y de agra-

decimiento en busca de Luisa. Arrojarse a sus pies y decirle:

—Al fin se ha hecho la luz y mis ojos se deslumbraron con tus virtudes. Al fin mi corazón ha oído tu voz y viene a ti, como un día fué el tuyo a él, a rogarle que no lo abandones... ¡Ha sufrido tanto!

Pero el espíritu del mal despertóse en su alma y por su imaginación desfilaron las figuras terribles y grotescas de los que lo habían sostenido en su existencia febril de loco, que sólo conoce el odio cerca de la mujer.

Sus ojos, abiertos a la alucinación, vieron destacarse sobre un fondo sombrío a los seres siniestros de Isabela, Aquiles, Bibolo y el jorobado. Y oyó lo que le decían y prestó oído a sus palabras, que venían a obturar los ojos de su espíritu, llenando sus órbitas con el lodo de sus almas envilecidas.

Cada uno le dijo lo mismo que él había pensado hasta entonces, desde la fecha roja en que asesinó a su criado predilecto.

Su pensamiento fué castigado por aquellas voces.

—¡Idiota! — le gritó uno —. Te has dejado convencer por su habilidad. Ella es como todas, falsa y ruin, y tú no eres más necio que los demás hombres.

Desvanecióse la figura del que así le habló siendo sustituida por la de otro de sus amigos.

—¡La mujer es un monstruo! — le dijo —. Sírvete de ella como un objeto de placer, manténla como un pequeño lujo y trátala como a un perro...

Se perdió la voz en el vacío, desapareció la figura y suplantóla un nuevo ser:

—¡Ambición!... ¡Lujuria!... ¡Perfidia!... ¡Traición!... Eso es la mujer.

Cayeron las sombras sobre el que de tal modo se expresara y de nuevo se rasgaron las tinieblas, surgiendo de sus sombras otro representante de las bajas pasiones.

—¡No te canses de humillarlas! ¡Alterna la caricia con el látigo! Y cuando te digan que te aman, ponles el pie en la garganta para no oirlas...

Y así, impulsadas por un viento de tormenta, pasaron por el alma de Horoga las palabras de los que le inducían a persistir en su conducta, a extremar su venganza, eligiendo nuevos medios de tortura para cobrarse con el suplicio de Luisa parte de los suplicios que a él le hizo sufrir otra mujer.

Otra vez voló su alma desde las simas a que había ascendido guiado por Luisa, a los espacios que surcan las furias... Con un ademán rotundo deshizo la obra de unos minutos y volvió a ser el de siempre, el hombre atormentado, que no sabe lo que quiere y marcha por la vida ensuciando todo lo que roza con su odio.

\* \* \*

Llamaron a la puerta. El timbre repiqueteó llevando su aviso por toda la casa.

Luisa, aceptando su nuevo oficio, hizo de doncella y fué a abrir... La sorpresa dilató sus ojos acostumbrados ya al asombro y en los que el estupor había dejado su estigma.

Tenía delante a una mujer vistosa, excesivamente perfumada, con la boca sucia de pintura y los ojos alargados por una sombra de artificio.

—¿A quién busca usted?

—Al Conde de Horog...

En el primer momento ella había pensado en un error; sus palabras, no obstante, alejaban la duda. ¿Sería posible que su marido quisiera ultrajarla hasta el extremo de hacerle recibir a una pobre hembra de placer?

—¿Pero usted quién es?

—Una amiga; me parece que es un título bastante para venir a verle... Además me invitó a almorzar en su compañía.

¡Era pues cierto que el Conde no se detenía ante ningún obstáculo en su afán de convertir su vida en un suplicio inacabable!

A todo esto la mujer había entrado y, seguida del Conde, pasó al interior de la casa.

Luisa no pudo resistir esta nueva ofensa. Se dirigió a las habitaciones de su marido y con palabras de ira que nunca habían salido de sus labios gritó:

—Aborrezco a estas... *mujeres* más que tú. ¡Arrójala de nuestra presencia!

Sentíase afrontada en sus pudores y en su dignidad. Sentía que el hogar que ella sostenía a fuerza de tantos sacrificios, quedaría envilecido si consintiese la presencia de la *amiga* de su marido. No quiso transigir con esta nueva injuria, más dolorosa que las otras y protestó con todas las fuerzas de su alma.

—Ya que no me respetas a mí, respéstate a ti mismo y respeta a mi hijo. ¡Arroja a esa... *mujer* de nuestra presencia!

Estaba magnífica en su indignación. Despedían fuego sus ojos y su cuerpo estirábese adquiriendo una grandeza admirable.

El, aunque en su ánimo volviese a renacer la duda y se sintiese trabajado por la vergüenza de su conducta, quiso apurar el desprecio que le rebosaba y dijo:



—... Se sentará a mi mesa y tú la servirás.

—No es mejor ni peor que tú. ¡Todo cuestión de circunstancias!... ¡Quién sabe lo que tú habrías hecho si el destino te empujare al burdel!... Se sentará a mi mesa y tú la servirás.

Luisa resistió el impulso de llorar. No quería que aquella mujer se gozase con su dolor. Tuvo la altivez de resignarse y salió, después

de arrojar a su esposo unas últimas palabras:

—Es la primera vez que me rebelo... porque con esto no me humillas como pretendes, sino que ensalzas a un ser de los que merecen tu desprecio.

Poco a poco fueron llegando los demás invitados. Eran los amigos de siempre, las báredduras de la ciudad: Aquiles, Bibolo y el jorobado.

Detrás de ellos llegó Carter, el bohemio, el cual advirtió en seguida la nueva infamia que se disponía a cometer Horoga.

—¿Dónde está la señora Condesa? — le preguntó.

—En su puesto... en la cocina.

—Veo que sigues siendo un pobre hombre. ¡Cuidado que Dios es bueno queriéndote salvar a toda costa!

Carter conocía la obra de Luisa, su milagro de amor y perseverancia y estaba lleno de admiración por ella.

Le sonrió al encontrarla en el fogón, trayendo como una criada, vestida con un traje humilde y sin que su rostro denotase amargura alguna.

—¡Pero ese hombre está ciego! — exclamó Carter sufriendo con los sufrimientos de aquella víctima que no se rendía a pesar de lo espantoso de su sacrificio.

—Sí, está ciego y sordo... Mas no importa. Algun día las sombras desaparecerán de sus ojos y verá — repuso Luisa.

Del comedor llegaban las voces y las risas de los invitados. De cuando en cuando sonaba un grito agudo y caía la palabra de Horoga imponiendo silencio.

—Es usted la mujer más extraordinaria que he conocido — dijo Carter.

—No, nada de extraordinario, soy sencillamente una mujer.

—Ninguna, por mucho que amase a su marido, resistiría lo que usted... Se necesita poseer un espíritu de sacrificio invulnerable para mantenerse en la tensión en que usted vive, dedicada exclusivamente a rescatar al Conde de su propio dolor.

—¡Oh, si lograse lo que me he propuesto!

—Algunas veces — añadió el bohemio — yo mismo dudo de que no vacilen su fe y su cariño.

—Por lo mismo que me ha hecho sufrir tanto, lo amo más cada día, pues así lograré que él concluya por advertir mi sinceridad y entonces estoy segura de obtener la recompensa a que aspiro.

Carter se paseó titubeando. Buscaba una idea que le permitiese cambiar la situación de aquel matrimonio...

—Oiga, Luisa, déme usted su delantal — dijo el bohemio.

—¿Para qué?

—En seguida lo verá... Voy a darle una lección a su marido.

Ella se resistió. Había prometido servir a los convidados y quería imponerse este nuevo sacrificio.

—Si hago lo que usted dice habré caído en pecado de desobediencia.

Carter se impacientó. Urgía el tiempo.

—Déjese usted ahora de esas consideraciones — dijo.

—¿Y si él se enfada?

—Yo corro con la responsabilidad... Vaya a ponerse el traje que más la realce... ¡De prisa!

Luisa corrió a su tocador. Una graciosa esperanza puso en sus mejillas las tintas rosadas de la belleza sana y en sus movimientos la agilidad turbadora de las doncellas. Más que nunca se esmeró en su adorno. Con exquisito cuidado vistióse las ropas que mejor exaltaban sus encantos. Dejó al desnudo sus brazos. Procuró que los pliegues del traje, sin modelar sus formas, permitiesen adivinar la elegancia de su cuerpo. Y cuando al concluir de arreglarse, se vió en un espejo, no resistió la tentación de decirse que su marido poseía una hermosa mujer.

Carter la llamó y juntos se dirigieron al comedor. Precedido por ella, él adelantóse y con voz clara y fuerte, dijo:

—¡La señora Condesa de Horoga!

La presencia de Luisa produjo en los invitados una impresión recelosa. Estaban intimidados por la majestad de aquella que los miraba desde el pedestal de su honradez. La pobre hembra del vicio, que horas antes se había burlado viendo cómo la trataba el Conde, turbóse ahora. El mismo Horoga se desconcertó. Su perspicacia comprendía el sentido de esta presencia y miró a Carter.

El bohemio entonces, con palabras vibrantes de indignación, le dijo:

—María Luisa es la única *mujer* que has conocido en tu vida... ¿Entiendes bien lo que te quiero decir?... No he dicho *hembra* sino MUJER... es decir, el aliento de Dios sobre esta tierra de demonios como tú.

María Luisa, viéndose entre los amigos del Conde, observando la complacencia con que él aceptaba su compañía, temió que las fuerzas no la sostuviesen... Sus adornos que hablaban de alegría ocultaban el dolor que entonces la supliciaba. Eran para ella un escarnio las miradas de aquellas gentes odiosas...

Carter se le acercó para darle ánimos.

—No se deje usted dominar por la flaqueza. Sea fuerte una vez más. Oponga a las costumbres de esa desgraciada que su marido sentó a su mesa, las virtudes que usted posee... Muéstrese a Horoga tal como él se resiste a verla.

Las palabras del bohemio le dieron nuevas fuerzas; le descubrían el camino que tenía que recorrer para sacudir la somnolencia de su marido, que no quería despertarse de su horrible letargo.

Y comenzó entonces una gentil farsa, en la que ella puso los granos aromáticos de la esposa y de la madre.

Fué primero la compañera que sabe alegrar la vida de su casa, rodeando a su marido de todas las cosas agradables que hacen deseable el hogar, y fué luego la madre ejerciendo su excelso ministerio, con el niño en brazos prendido de su pecho, como una Virgen de Murillo.

Los cómplices de Isabela y la infeliz a quien el Conde atrajo aquel día a su casa, para hacer más acerba la injuria a la mujer, guardaban un silencio expectante y apenas si se atrevían a mirar a la que estaba cerca de ellos dedicada a su tarea de redención.

Con el seno desnudo, Luisa amamantaba a

su hijo... Horoga la vió y cerró los ojos. Permanecía sumido en un mutismo que cerraba el paso a todas las palabras, como si no se atreviese a decir ninguno de sus acotumbrados impropios.

—¿Sigues ciego aún?—le preguntó Carter. Horoga no contestó.

—¿No perciben tus ojos la luz?... Mírala — añadió señalándole a Luisa — es ella, tu mujer, la madre de tu hijo...

Feliz en la celebración de su espléndido culto, Luisa sonreía al niño que sostenía en sus brazos, dándole a beber la esencia de su amor.

—¿No tienes nada que decirle?—volvió a preguntarle Carter.

El Conde lo miró, como si le suplicase silencio.

—Y estos ¿qué hacen aquí?—dijo dirigiéndose a los invitados.

Los cuatro miserables habíanse acercado a Luisa, atraídos por aquel misterio de una maternidad que se les manifestaba en su hora inefable... Luego, como avergonzados de su presencia en una casa en la que vivía una mujer capaz de lo que aquella, fueron saliendo, uno tras otro, como forzados a los que atrallaban sus propias culpas y que nunca podrían liberarse de la ignominia de sus vidas.

Carter se acercó a Luisa.

—Ahora concluya usted su obra—le dijo.

Y se marchó también, lleno de sí mismo, satisfecho de su acción, como un paladín de todas las causas buenas.

Acaso aquel día no tuviese un pedazo de pan que llevarse a la boca ni un libro que leer.

Pero no le importaba. Estaba contento de su vida, satisfecho de una existencia que le permitía conocer a mujeres como Luisa. ¿Qué más podía pedir? Rico en ilusiones, cuando no tuviese que comer, llamaría al ensueño y se refugiaría en su reino, donde es tal la abundancia, que todos los que viven en él no necesitan de bienes materiales.

Horoga se quedó solo. Su mujer había ido a acostar al niño, que se durmiera en sus brazos.

De nuevo sintió el Conde que le rondaba la duda. Llegaba a él en alas de un viento tibio y perfumado que purificaba sus ideas destilando en su pensamiento la esencia de la virtud original.

Estaba confuso. Era la primera vez que presenciaba el glorioso espectáculo de ver a su mujer sosteniendo la vida de su hijo, del hijo de los dos, y sentíase removido en sus instintos de padre y de hombre al evocar el cuadro gozoso.

Miró al sitio en que ella le había dado a gustar su belleza aureolada por el prestigio de la maternidad. Pero resistíase a dejarse arrastrar por las nuevas emociones, asustado de su vida anterior.

En su conciencia inicióse una lucha encarnada. Voces diversas venían a él conturbándole, poniéndole indeciso. Oyó las palabras de su alma triste, fatigada de sufrir, hastiada de sostenerse en el odio.

—Vuelve en ti, Horoga... Ella es buena.

Tuvo miedo de sí mismo. Quiso cerrarse a estas voces que se elevaban dentro de él invitándole a la contrición.

—Aun es tiempo, Horoga... Ella no se cansa de esperarte.

Rechazó la imagen de su mujer, que su espíritu evocaba, mostrándosela tal como la había visto momentos antes.

—Vuelve en ti, Horoga... Sus brazos están abiertos para recibirte.

Comenzó a vacilar. Un año de evidencia debía bastarle para enseñarle cuál era su camino. Pablo, el judío, sólo necesitó un aviso de Dios para caer de rodillas deslumbrado por la luz de la verdad. ¿Sería él tan torpe que no viese la lumbre que iluminaba su verdadera ruta?

Pero el espíritu del mal alzábbase también en su alma volviéndolo a los senderos de la duda y del rencor.

Sin una clara noción de su conducta, dirigióse a la alcoba de su hijo. Allí estaba su mujer meciendo al niño.

Fué hasta la cuna y se inclinó... Sus ojos indagaron en el rostro del hijo el sentido de las cosas. Quería que él le revelase la certidumbre del amor de su madre.

Mucho tiempo permaneció viéndolo... El niño dormía. Sobre sus párpados caídos tendíase el velo del porvenir. ¡Si él pudiera descorrerlo para saber lo que esperaba a su hijo!

—Se parece a mí—dijo.

Oyó sollozar a Luisa y tuvo miedo de sus lágrimas. Sentíase débil para resistirlas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—¡Si no lloro!—exclamó ella.

Era cierto; ella no lloraba... Entonces, ¿cómo es que él había oído sus sollozos?...

Volvió a inclinarse sobre la cuna; puso un

beso en la frente del niño y con una honda tristeza dijo:

—¿Sufrirá tanto como yo?

Ahora era su alma la que lloraba y era su llanto desgarrador... Le dolía el pecho.

—Luisa...

Ella lo miró poniendo en sus ojos toda su fe en aquel instante.

—La existencia del que duda es terrible. Defiende a nuestro hijo de esta tortura. ¡Prométeme que él creerá en lo que yo no creo!

Sonaba como un lamento la voz del conde. Al fin parecía abrirse la esclusa de su dolor buscando el consuelo en los labios de su mujer.

La noche gemía en las ventanas de la alcoba. Su rostro de sombras aplastábbase en los cristales y se sentía el miedo de lo que pudiese haber más allá, en la inexplorada lejanía del porvenir, hacia la que iba el deseo de Horoga queriendo salvar a su hijo de la falta de fe en el amor...

## VI

### EL RESCATE DEL ODIO

Todas las horas traen su esperanza. ¡Ningún mensajero como el instante que permanece oculto en el seno del tiempo para los que sueñan y hacen depender sus alegrías de la ilusión!

Luisa había sabido esperar. En los días de mayor angustia, cuando Horoga vaciaba sobre ella el caudal de su odio, apenas si la duda apenó su ánimo. Tenía fe en sí misma; y amaba su obra de redención, regándola con sus lágrimas...

Cual si tuviera alas en los pies, subía la pina cuesta de su calvario sin fatigas ni desmayos.

Y cuando él le decía, ciego al ruego de sus miradas: "*Mi desprecio te envuelve como envuelve a todas las mujeres*", ella, sonriendo, replicaba: "*Mi cariño no se cansa de acercar su llama a tu aterido corazón hasta conseguir encenderlo con su mismo fuego*".

La voluntad del mal, por muy poderosa que ella sea, cederá su imperio a la voluntad del bien.

Angeles y demonios gobiernan el mundo, pero la espada de Dios es más fuerte que la lanza del diablo, y en la lucha entre las dos, la lanza se quiebra siempre.

¿Qué importaba, pues, que el conde utilizase todas las energías de su locura contra Luisa?

Ella, recubierta con la armadura de su bondad, restaba eficacia a los golpes y a las injurias de su marido, anulándolos, volviéndolos contra él con la gracia de una sonrisa.

Pasó la noche en la que Horoga vió suspendida sobre su hijo la amenaza del mal que a él le corroía. El porvenir oscuro le intimidó sorprendiéndole sin armas cerca del niño.

Y fué entonces el momento en que su mujer pudo lograr que accediese a los deseos que, desde mucho tiempo atrás, venía alimentando: partir para Camargo a pasar una temporada.

En las proximidades del castillo vivía el doctor Drouot, padrino de Luisa, y en su casa se instalaron los condes de Horoga. De esta manera ella tendría un aliado que le facilitase la consecución de sus fines, el arribo a la meta a la que se propuso llegar desde el día que se casó.

Drouot sentía por el Conde una amigable afición, que se hizo más viva al unirse Horoga con su ahijada; y puso todo su buen deseo en conseguir que el enfermo aceptase la medicina de amor con que ella pretendía curarlo.

La vida del campo, el apacible regalo del reposo, lejos de la turbulencia de la ciudad, eran propicios a predisponer el espíritu de Horoga a la contemplación de todas las bellezas de su mujer. Además, la soledad, hurgando en su pensamiento, permitíale un análisis sereno de su conducta y de los móviles que lo lanzaron a la pista sin fin del rencor.

Veía, aun sin quererlo, como ella le sacrificaba todos sus instantes en un anhelo sublime de disipar las sombras que llenaban su alma. Sentiase objeto único de su ternura, y la evidencia de las virtudes de Luisa, como esposa y como madre, resaltaba ante sus ojos, que comenzaban a ver c'aro.

Un atardecer, tramontano ya el sol, cuando la noche comenzaba a insinuarse desplegando sobre la tierra su negro manto, hallábanse Horoga y Drouot en la terraza. Los rodeaba el silencio. Una atmósfera tibia acariciaba sus pulmones... Se acercaba el otoño y en el horizonte podían advertirse las redondas nubes

que encierran en sus entrañas el rayo de las tormentas de octubre.

—Pienso como usted — dijo Drouot — que la mujer es sencillamente un monstruo...

Horoga miró con extrañeza a su amigo, que añadió:

—...cuando es mala.

—¿Es que hay mujeres buenas? — preguntó el conde.

Frente a ellos, en el jardín, surgió Luisa llevando un brazado de flores.

—He ahí — dijo el doctor señalando a su ahijada — lo que usted, teniéndola tan cerca, no ha sabido encontrar: una mujer buena.

Horoga nada repuso.

—¡Pobre amigo mío! — añadió Drouot. — El destino quiso favorecerle otorgándole la dicha de ser el dueño de una criatura tan excepcional...

El conde dirigió los ojos a su mujer, que se inclinaba sobre las flores que festoneaban las sendas del jardín, aspirando su perfume.

—...Y usted, mi pobre amigo, no sabe, no puede, no quiere disfrutar de ese beneficio — concluyó el doctor.

Transcurrieron algunos días. La verdad comenzaba a abrirse paso en el alma del atormentado. La obra de Luisa aproximábese a su fin.

Y entonces sucedió...

Tres meses de plazo fueron los concedidos al conde por los cómplices de Isabela para devolver la suma de 700.000 francos que le habían prestado con la garantía de la hacienda de Camargo. Faltaban setenta y dos horas para que el plazo caducase, sin que el conde

hubiese podido reunir la cantidad a que se elevaba su deuda. Contando, sin embargo, con la promesa que se le hiciera, puso a Bibolo el siguiente telegrama:

*“No podré pagar vencimiento. Suplico prórroga. Sigue carta...”*

Esto era precisamente lo que esperaba Isabela para ejecutar su venganza.

Por fortuna Carter sorprendió en un café una conversación que le dió a conocer la infamia que se tramaba contra su amigo.

Eran Aquiles y Bibolo los que hablaban, horas después de recibir el parte telegráfico de Horoga.

—No se podrá quejar Isabela; ya tiene al conde entre sus uñas de gatita furiosa — dijo Aquiles.

—Es necesario — repuso Bibolo — que crea fácil obtener la prórroga. Así el vencimiento le cogerá desprevenido.

—Bueno, pues entonces hay que contestarle en seguida prometiéndole que se aplazará el pago.

En la tarde de aquel día, el conde recibió un telegrama concebido en esta forma:

*“Tranquilízate. Plazo se prorrogará. Bibolo”.*

Libre de la inquietud que le produjo el temor de que la falta de cumplimiento de las condiciones que le impusieran al hacer el contrato de préstamo se convirtiese en causa de su ruina, Horoga sintió como nunca la satisfacción de vivir.

Pero antes de anochecer llegó Carter, que se encerró con Horoga.

—¿Sabes a qué vengo?

El conde notó la agitación extrema que poseía al bohemio.

—Cálmate... No sigas. Primero procura reposar tus ideas y librarte de esa excitación nerviosa que te asemeja a un epiléptico.

—No es cosa de broma, Horoga.

—¿Qué? ¿Algún contratiempo económico?... ¿Cuánto necesitas?

Carter se levantó y puso las manos en los hombros de su amigo. Se había recobrado y la expresión de su rostro era de una adusta seriedad.

—Hoy mismo — le dijo — debes salir camino de París...

Hizo una pausa y prosiguió:

—A estas horas te han preparado una celda indigna...

El conde tuvo una emoción de sobresalto.

—¡Pero concluye! — exclamó.

Y Carter sobreponiéndose a su propia emoción, concluyó:

—¡Tu acreedor es el amante de Isabela!

—Si acabo de recibir un telegrama...

—Es unaañagaza de esa maldita mujer para cogerte desprevenido... ¡No te detengas!

Sin pararse a decir a su mujer y a Drouot la causa de su inmediata partida, Horoga salió para París.

Luisa, al saberlo, tuvo miedo de sus planes, que aquel suceso imprevisto parecía querer desbaratar. Un íntimo desconsuelo se apoderó de ella. Cerca del límite de sus esperanzas, la suerte adversa venía a destruir su obra de abnegación.

Carter le explicó lo que ocurría.

—¡Lo que yo temí! — exclamó ella.

—No hay que desalentarse. Quizás él encuentre el modo de salvar la situación — dijo el bohemio.

—Temo que no... Aconséjeme usted, Carter; ¿qué debo hacer?

—Es seguro que no le concederán ni una hora de plazo... Es, pues, necesario a toda costa encontrar los setecientos mil francos...

—¿Qué hacer, Dios mío?... ¿Qué hacer?

Las lágrimas afluyeron a sus ojos hartos de llorar.

—Yo me vuelvo a París. Aquí no puedo prestarle a usted ninguna utilidad — indicó Carter.

—Sí, váyase usted... No abandone a Horoga; temo que, si no puede salvar el peligro, haga una tontería.

Instantes después, Luisa acudía al despacho de su padrino y recababa su consejo.

—Necesito setecientos mil francos... Si yo no logro reunirlos él está perdido.

—¿Y a quién se los vas a pedir? De mí no puedes esperar que te los ofrezca, porque no los tengo — expuso Drouot.

—No sé, no sé... Y, sin embargo, los necesito. ¡Me juego la última carta de mi aventura por conquistar su amor!

Llegó el día del vencimiento y Horoga no supo encontrar el dinero que le hacía falta. Una sorda irritación contra el destino obscurecía su pensamiento. Ahora su odio alcanzaba a todos los seres vivos. El, cuyo dinero estuvo siempre al servicio del que lo necesitada, no encontraba quien le prestase la cantidad que le era indispensable para evitar la venganza de Isabela...

Mientras tanto en Camargo, Luisa, decidida a jugarse el todo por el todo, disponíase a poner en práctica un plan del que hacía depender el triunfo de sus esperanzas.

La tempestad, que había estado amenazando todo el día, estalló al fin. De las nubes espesas caía la lluvia en pesados haces. Oíase el tableteo del trueno. Sucedíanse los rayos con pavorosa rapidez, iluminando los caminos del cielo. Bramaba el viento enfurecido, desgajando los árboles y corriendo aullador por los campos. Todas las furias parecían haberse desencadenado sobre la tierra, en la que el agua abría profundos surcos, hinchando el seno de los ríos y desbordándolos por las llanuras...

Luisa tenía forzosamente que salir. La marcha del tiempo aproximaba el peligro y era necesario adelantarse a él.

Drouot intentó disuadirla.

—Te expones a un percance saliendo ahora — le dijo.

—No puedo esperar. Una hora que pierda sería lo bastante para que la verganza de esa mujer se desencadenase sobre mi marido.

Y María Luisa arrostró la tempestad, dirigiéndose al palacio de los señores de Briac... En su impaciencia contaba los minutos, temerosa de no llegar a tiempo. No hacía caso de las amenazas de la tormenta que sembraba su paso con los ruidos del trueno y la luz fulgurante de los rayos. Todas sus ideas se orientaban hacia Horoga, al que suponía en aquellos momentos abrumado por la desesperación.

¿Se acordaría entonces de ella?

Nunca quiso acudir a su cariño en sus horas

de amargura. Como un solitario había vivido a su lado.

¿Cuáles serían sus pensamientos en aquellos instantes?

Las cataratas del cielo lanzaban con estrépito sus aguas sobre la tierra. El firmamento ennegrecido y hosco no dejaba entrever ni un rasguño de azul. Todas las fuerzas oscuras de la Naturaleza lastimaban la noche y el silencio.

Luisa sólo encontró a su tía, la señora de Briac, a la que expuso su situación.

—Si no encuentro ese dinero — le dijo — estoy perdida... Dentro de seis meses mi marido podrá devolvérsele, pues sus rentas anuales ascienden a más del doble.

—Cuenta con mi ayuda, pero temo no poder prestarte toda la cantidad — repuso la señora de Briac.

—¡Qué pena!

—De todos modos puedo dejarte quinientos mil francos.

—¡Necesito setecientos mil!

—¿Y Drouot?

—Mi padrino no tiene más que cien mil francos, que ha puesto a mi disposición.

—Pues, entonces, querida, fácil te será encontrar los cien mil francos que faltan para completar la suma a que asciende la deuda.

—Veremos... Sea como fuere yo los encontraré.

De nuevo Luisa volvió a casa de su padrino. Faltaban pocas horas para que cumpliese el plazo... Tensa como la flecha de un arco, removía su memoria buscando nombres que le suscitasen dónde podría hallar un amigo que

le dejase cien mil francos. Vencidas ya casi todas las dificultades, la seguridad de salvar a su marido podía en ella más que todas las vacilaciones.

En cuanto llegó a casa de su padrino, sin detenerse a cambiar de ropa, que la lluvia había adherido a su cuerpo, se entrevistó con él.

—Tía Julia — le dijo — me presta quinientos mil francos... ¡Confío en que podré salvar al conde!

—No confíes demasiado... ¡Faltan aún cien mil francos!

—Es cierto... ¿A quién recurrir?

Su frente fué surcada por las arrugas de la preocupación.

—¿No tienes ninguna idea que ofrecerme?

—preguntó.

—¡Yo qué sé, hija mía! El dinero no fué nunca buen amigo mío.

Los pies de Luisa golpeaban el suelo y sus manos febriles no podían permanecer quietas esmirando todo lo que cogían.

—El único que podría prestármelos — dijo de pronto — es...

—Quién? — le interrumpió Drouot.

—...nuestro vecino, ese imbécil del Barón de Camajo.

—Te atreverías a acudir a él?

El rostro de Luisa expresó una firme decisión.

—¿Por qué no? — dijo. — Puesto que él los tiene a él recurriré.

—Piensa que has sido su mujer y la forma en que os divorciasteis.

—Nada debe detenerme que no sea mi propia estimación y la dignidad de mi marido.

—Sin embargo...

—¿Qué?... Por salvar a Horoga estoy dispuesta a todo, incluso a la vergüenza de hallarme delante de ese hombre.

\* \* \*

En París, solo en la soledad de su palacio, el conde se entregaba a su desesperación. No tenía ni una mano amiga que se posase en su frente, detrás de la que se quemaba su pensamiento fraguando ideas de odio contra todo el género humano... Había recorrido la ciudad en busca de un hombre que fuera capaz de sentir como él, y no pudo encontrarlo. Nadie le ofreció su ayuda. Todos se negaron a socorrerlo en su apuro.

Se acordó de Luisa.

—A ella — dijo — le tendrá sin cuidado lo que me sucede.

Era en la hora en que su mujer llamaba a las puertas del palacio del Barón de Camajo.

—Todo cariño — añadió Horoga — se desvanecerá en cuanto me sepa arruinado.

Asomaron a su rostro los tencores que le roían. Corrió por su cerebro una idea brutal.

—Sí, ella se preocupa! — exclamó. — Y para no caer en la miseria, en estos instantes acaso se esté vendiendo a otro.

Quiso sonreír y sus labios se torcieron con una mueca de desfallecimiento. Lo que acababa de pensar era tan horrendo, que él mismo sintió que no podía ser, que sólo en su im-

famia de hombre torturado por el odio, cabía aquella idea.

Miró el reloj... El tiempo pasaba a su lado indiferente a su martirio. Discurrían las horas, una tras otra, engarzadas en el collar que adorna el pecho del viejo Cronos, y llegaría una que lo aplastaría con todo el peso de la venganza que una mujer suspendiera sobre su cabeza... Tuvo la angustia de no poder oponerse a la marcha del tiempo. Hubiese querido detenerlo, fijarle un minuto y decirle:

—¡De ahí no pasarás!

Pero él no era más que un pobre hombre, que nada podía, ni siquiera salvarse de su destino.

Volvió a acordarse de Luisa.

—¡Si la tuviese aquí, a mi lado... cuánto bien me haría!

El recuerdo vino a él trayéndole la memoria de los días en que la dulce mujer vigilaba sus menores gestos, atenta a rodearle con los mimos de su ternura.

—¿Me querrá sinceramente? Como dicen Carter y Drouot, ¿será su alma pura?... No, es insensato imaginarlo. Ella es como todas: nacida para engendrar el mal... el mal es su elemento.

Y he aquí que entonces se lo disputaban dos almas de mujer: una que había puesto en su corazón la semilla del odio y otra que intentaba sembrar en él la semilla del amor.

No se daba cuenta de que, lejos de él, Isabela y Luisa luchaban por arrebatarlo la una a la otra: Isabela para hacerlo víctima de su venganza y Luisa para rescatarlo a su cariño.

Isabela, en su casa, esperaba el instante de

saciar sus rencores, y Luisa en el palacio del Barón de Camajo, arrostraba la vergüenza de acudir en busca de la ayuda del hombre a quien despreciaba.

La sorpresa del Barón al recibir a Luisa alcanzó los límites de lo inexplicable. Pero supo ser correcto y ocultar su turbación.

Antes de que él hablase, Luisa le expuso el objeto de su visita.

—Vengo a proponerle a usted un negocio — comenzó diciendo.

Camajo se desconcertó por aquel principio.

—Usted conoce lo grande y generosa que es el alma de mi esposo — añadió.

El barón, cada vez más confundido, asintió.

—Pues bien, necesita cien mil francos ahora mismo... Responde de ellos con sus posesiones de Camargo y le ofrece el diez por ciento mensual de interés.

Aquello era tan inesperado, que el barón no tuvo, de momento, palabras que contestar. Se rehizo al fin y habló:

—El paso que usted está dando, María Luisa, es digno de usted.

Ahora fué ella la sorprendida.

—Yo soy mejor de lo que usted se figura — añadió Camajo.

Guardó silencio un instante y siguió:

—Desde luego cuente usted con los cien mil francos, sin garantía y sin intereses...

Luisa contuvo el sobresalto de su corazón... Miraba a Camajo, como si no lo reconociese: aquel rostro que ella vió envilecido por una expresión tortuosa la noche de sus bodas, expresaba ahora una suave bondad, apacible y sonriente.

—Mas permítame — concluyó Camajo — que le dé una pequeña sorpresa... Tenga la bondad de esperar unos instantes.

Salió dejándola conturbada. Al poco volvía acompañado de una mujer.

—La señora condesa de Horoga... Alicia, mi esposa... — dijo el barón presentándolas.

Y dirigiéndose a Luisa añadió:

—No hago nada sin consultarla.

Alicia adelantóse ofreciendo las manos a la mujer de Horoga.

—Todos conocemos su noble conducta — le dijo. — ¡Es usted una mujer honra de nuestro sexo! Yo le ruego que acepte mi amistad.

Durante algunos instantes, aquellas dos mujeres celebraron una fiesta sencilla de almas, comulgando con los mismos sentimientos, haciéndose la confidencia de sus vidas.

Un poco aparte, Camajo sonreía bonachonamente. El había sido siempre un pazguato, un buen hombre que cometió la torpeza de encenderse de voluptuosidad casándose con Luisa, entonces ingenua y tímida, la cual se asustó ante aquel marido que le deparaba la fatalidad y que nada sabía del terror sagrado que persigue a las vírgenes. Después, transcurrido un año, tuvo el acierto de hallar a Alicia, mujer fuerte, pensamiento vigoroso, que supo comprender a su marido y orientarlo en la vida.

Luisa salió del palacio de los barones de Camajo con una alegría radiante. Su voluntad había vencido todas las dificultades. Corona de su obra de abnegación sería su gesto

al volver a su marido y ofrecerle la cantidad que debía salvarlo de la ruina.

Horoga suplicábbase entonces con la idea del daño que le esperaba. Todas sus tentativas para librarse de la venganza de Isabela habían chocado con la indiferencia de los que estimara como amigos.

Acababa de volver a su casa después de una vana correría a la captura del dinero que, dentro de unas horas, debía devolver, so pena de que todos sus bienes pasasen a poder de su acreedor.

Se derribó en una butaca sin fuerzas ya para seguir en la lucha. Ensimismóse en cavilaciones que no le sugirieron ninguna idea salvadora... Estaba vencido.

Lentamente, como en un descenso a las profundidades plutónicas, al reino de las sombras, el pensamiento del conde se abismó en la más absoluta obscuridad. Todo eran tinieblas a su alrededor. Un paisaje adusto y volcanizado, caído en la noche de las regiones infernales, se mostró a sus ojos... Allá lejos vió alzarse un trono de nubes y sobre el trono destacóse la figura ávida de sangre, siniestra y tormentosa, de Isabela.

—¿Vienes a contemplar tu obra? — le preguntó él.

Una risa torva rasgó el aire.

—¿No sabías que nosotras somos las encargadas de sumir a los hombres en los horrores de la desesperación?

Hundióse el trono en el que se sostenía la mujer maldita. Resbalaron las sombras y del seno de lo desconocido elevóse un nuevo trono ocupado por Luisa.

El le tendió los brazos...

Y oyó la risa de burla, una carcajada metálica que descomponía el rostro de su mujer con una mueca insidiosa.

—Creíste un instante en mí — le dijo. — ¡Qué iluso! Yo también soy mujer... lo mismo que las otras.

Un instante sintió nacer en su mente la idea negra del suicidio. ¿Para qué vivir? Con el corazón agostado, sin fe en los sentimientos que iluminan la existencia, ¿para qué vivir? La muerte es un mal menor y su regazo no defrauda nunca al que se acoge a él.

De pronto encendióse la antorcha de una realidad inesperada.

—Aquí tienes el dinero, Horoga... ¡Estás salvado!

—¿Los setecientos mil francos?

—¡Los setecientos mil francos!

No creyó fuera posible lo que le decían; y, sin embargo, no era factible la duda.

Su mujer, Luisa, a la que él escarneció, la humilde y bondadosa compañera, a la que, hasta el último instante, había hecho esclava de su odio, acababa de realizar el milagro.

Sonó la hora del vencimiento del plazo. En el despacho del procurador de la fe pública, hallábanse reunidos los cómplices de Isabela esperando el instante de arrojarse sobre su presa.

Habló Aquiles:

—El plazo concluye, señor Notario... Hoy mismo entraremos en posesión de los bienes que como garantía nos ofreció el conde.

—Aunque pese al angelito que protege a ese bruto — añadió Bibolo.

La puerta se abrió y en su marco mostróse Luisa.

Se hizo un profundo silencio.

Avanzó la mujer de Horoga y dijo:

—Aquí están los setecientos mil francos: seiscientos mil en efectivo y el resto en un cheque.

Hubo un instante de vacilación.

—Señor Notario, devuélvame el contrato de préstamo.

Luisa recogió la escritura y mirando a los presentes saludó:

—Buenas tardes.

Todos los ojos se volvieron a ella, que desaparecía ya.

—Cheque al portador de la Banca de Francia. Firmado, Romualdo Camajo — leyó en alta voz Aquiles.

—¿Un cheque de Camajo? — preguntó Bibolo.

—Sí, del que fué su marido unas horas.

—¡Cien mil francos!... La muchacha bien los vale.

Todos se rieron comprendiendo a donde iba a parar el pensamiento de Bibolo.

—¿De modo que tú crees?... — preguntó Aquiles.

—Sin duda alguna... Anda, vamos a decírselo a Isabela.

Al mismo tiempo Luisa sorprendía a Horoga, que la esperaba con los brazos abiertos. Se juntaron sus palabras y se unieron sus exclamaciones como un beso.

Al fin caía la venda de sus ojos. Ciento era que su mujer ascendía por impulso propio al azul de los lugares deificados por la bondad.

Cierto que su cariño había realizado la obra excelsa de salvarle de su odio.

—¡Gracias, Luisa, gracias! — exclamó el conde.

Ella sentíase tan intensamente feliz, que le dolía el corazón. Miraba a su marido sonriéndole a través de las lágrimas que hacía brotar su felicidad y su boca en flor dibujaba el gesto blando y amable de las mejores promesas.

—Pero dime, ¿cómo has podido reunir esa cantidad? — le preguntó Horoga.

—Tía Julia — explicó ella — me ha prestado quinientos mil francos; Drouot, cien mil...

Titubeó, acometida de súbito por una congoja inexplicable.

—¿Y los otros cien mil?

—...Los otros cien mil...

—Sí, ¿qué?

—Me los prestó un amigo de mi padrino.

Mintió creyendo que debía mentir. Aquellos momentos no quería turbarlos con nada, y el nombre de Camajo hubiera proyectado una sombra sobre su marido, despertando su suspicacia. Bien podía perdonarse a sí misma el engaño. En su lucha heroica por alcanzar la felicidad de estos instantes, no la había detenido ningún sacrificio. ¿Qué significaba, pues, que ahora recurriese a un hábil subterfugio para no alterar la clara visión de los ojos de Horoga?

Pero no había concluido su calvario.

Los cómplices de Isabela creyeron poder desbaratar el sueño de Luisa. Uno de ellos había soltado la especie corrosiva del adulterio

como precio al cheque del barón, y los demás se lanzaron sobre la honra sin mancha de la admirable mujer con el deseo de desgarrarla, dejando sus despojos en la caile.

—Me parece que ignora que ha sido Camajo el que le prestó el dinero — expuso Aquiles.

—¿Y si se lo dijésemos? — preguntó Bibolo.

—¡Hombre, magnífica idea! — exclamó el jorobado.

Y los tres truchimanes, piltrafas de la infamia, cuervos del honor ajeno, babosas de su vileza, corrieron a ver a Horoga.

Su presencia inquietó al conde.

—¿A qué venís a mi casa? — les preguntó agresivo. — Me engañasteis prometiéndome lo que no habíais de cumplir y venís ahora aquí... ¿A qué?

—Cálmate, Horoga; sólo tu amistad nos ha traído — dijo Aquiles.

—Bien está — añadió Bibolo — que procures salir de tus compromisos... pero debes ser más escrupuloso en la elección de los medios.

—¿Quién eres tú para hablarme de esta manera?

—Lee este cheque y lo sabrás.

La mirada del Conde se fijó en el cheque que le mostraba Aquiles. Pasóse las manos por los ojos. Leyó:

*"Cheque al portador del Banco de Francia. Firmado, Romualdo Camajo".*

—Por respeto a tu honor, que nos es muy estimable, hemos creído que debíamos advertirte acerca de la conducta de... esa mujer

que tuviste la ocurrencia de tomar por esposa.

Abrumado por aquella revelación, Horoga guardó silencio. No esperaron los cómplices de Isabela a que reaccionase y lo dejaron solo.

El conde no podía salir de su estupor; palpitaban sus labios estremecidos por el insul-



—Lee este cheque y lo sabrás.

to y en sus pupilas negreaban los fuegos de la locura.

Temió por su razón.

—¡Pero es posible!

Con un esfuerzo se arrancó a su inmovilidad. La angustia del ahogo agarrotaba su garganta...

Tuvo un gesto frenético de protesta contra la vida, que así lo empujaba de nuevo al delirio de su odio.

—¡Y yo que llegué a creer en ella — exclamó.

Cuando se presentó a Luisa, ésta tuvo el vago presentimiento de que lo imprevisto acababa de borrar, como borra el viento las huellas en la arena, toda su obra de amor.

—¿Qué tienes, Horoga?

Rióse él con su risa satánica.

—¿Por qué mentiste? — le preguntó.

Se había acercado a ella y dejaba caer las palabras sobre su rostro, como si pretendiese marcarlo con el sello de la infamia.

—¿Por qué mentiste? — volvió a preguntar.

—No te comprendo — dijo ella estremecida de espanto.

—No quieres comprenderme...

—Habla... no calles... Dime la verdad — pidió Luisa.

—Te has vendido ¿eh?... Te has vendido como se venden todas...

Mordía las palabras, silabeándolas y enrojeciéndolas con el rencor. Una furia incon-tenible alteraba sus facciones. Sentía que sus manos deseaban aprisionar el cuello de la mujer y hundir los dedos en su carne...

Ella tuvo miedo y en medio de su miedo, pensó:

—Se ha vuelto loco.

Pero no estaba loco. Su actitud era la revelación de su inmenso cariño por Luisa, oculto hasta el instante en que ella vino a salvarlo de la miseria. Su brusco despertar había sido tan deseado, que él, viendo ahora que de nuevo su amor iba a ocultarse en su corazón, rebelóse contra la fatalidad, y en su impo-

tencia buscaba en el odio un cauce a su inmensa pena.

Su mujer no pudo oponerse a esta catástrofe de sus ilusiones y rindióse a su angustia.

—¡No puedo más! — gimió.

De pronto Horoga salió encaminándose al palacio de Camajo, mientras ella se acogía a la oración impetrando el favor divino para que le devolviese al hombre que parecía huirle.

El barón suponiendo que el conde iba a darle las gracias, presentose sin el menor recelo.

—Le saludo, Horoga.

Súbitamente el conde se arrojó sobre él.

—¡Ah, canalla!... ¡Por fin lo que no pudiste lograr casándote lo has conseguido con tu dinero!

Atraída por el ruido de la lucha llegó Alicia. Horoga, que ignoraba también el matrimonio de Camajo, fué sorprendido por la presencia de la mujer.

—Acabo de oírle — comenzó diciendo Alicia — y vengo a explicarle cómo obtuvo Luisa los cien mil francos que le prestó mi esposo.

—Pero usted... — dijo vacilando Horoga.

—Yo soy su mujer y fuí la que lo persuadí a que le prestase esa cantidad.

—¿Entonces ella es inocente?

—¿Y cómo se atrevió usted a dudar de su virtud? Debía arrojarle de mi casa, pero tiene usted la suerte de que ella vela siempre por su marido.

El barón, no obstante la violencia que sobre él había hecho Horoga, satisfecho del desenlace, sonreía complacido.



...mientras ella se acogía a la oración impetrando el favor divino...

—La verdad que pasan unas cosas — dijo.

—Muy raras, ¿no es cierto? — replicó Alicia.

Volvíose al Conde y añadió:

—Corra usted a postrarse delante de su mujer y a pedirle perdón... Humíllese ante ella y no alce los ojos hasta que esa víctima de su odio se digne perdonarle.

Y Horoga, elevado de súbito a las alturas de la fe que había perdido, regresó a su casa y arrojóse a los pies de Luisa.

—Perdóname, amada mía... ¡Perdóname!

Ella no necesitaba que él se humillase para perdonarle.

—Horoga, Horoga... ¡cuánto tiempo llevo esperándote!

Le enlazó los brazos al cuello e hizo que su cabeza reposase sobre su corazón.

—Te habías perdido — dijo Luisa — y como un ciego ibas por el mundo sin que tus pies no dieran sino pasos en falso... Yo te seguía llamándote y tú no me oías...

Lloraban sus ojos las lágrimas de la dicha.

—Pero ya te tengo y no volverás a perderte.

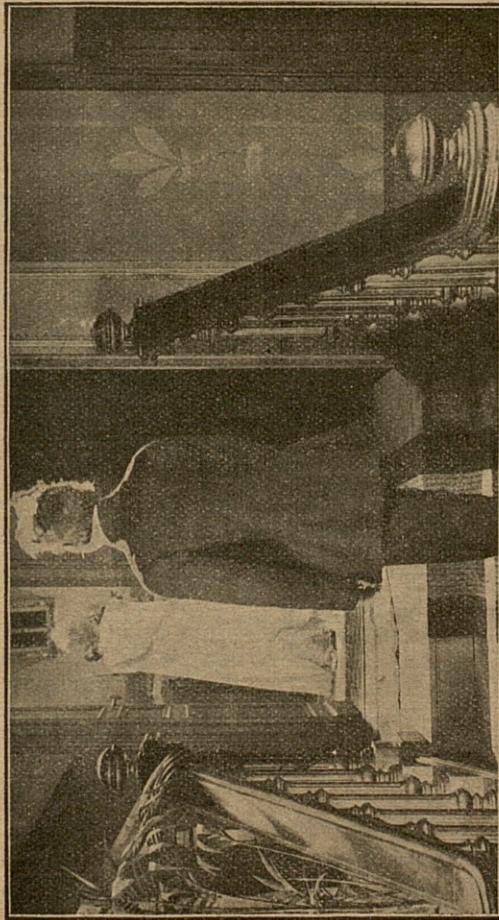
El la miró comenzando a iniciarse en la virtud del amor con que lo glorificaba su esposa.

—Entonces ¿me perdonas?

Ella lo besó dulcemente.

Y aquel hombre, al que la vida había herido arrebatándole el alma y devolviéndosela cuando ya no esperaba recobrarla, cayó de hinojos y alzando las manos como en un hosanna de Pascua de Resurrección, gritó:

—¡María Luisa!... ¡Mujer!... ¡Creo en ti!



...Regresó a su casa y arrojóse a los pies de Luisa.

\* \* \*

*Y al triunfar el espíritu del bien el castigo de Dios cayó sobre el espíritu del mal, lanzándolo a las lobregueces del bárbaro.*

El aire se había sacudido con las vibraciones metálicas de la hora sabática.

Promediaba la noche.

Isabela, que aquel día sufriera el tormento de ver como se desvanecía su venganza, con tanto afán perseguida, no lograba conciliar el sueño.

Oyóse un rumor asustadizo y una ventana giró sobre sus goznes.

Isabela se irguió en el lecho.

Un hombre entró en la casa y dirigióse al lugar en que ella guardaba sus joyas.

Isabela lo reconoció.

Era su amante.

El hombre forzó la cerradura de un mueble, martirizando el silencio con el ruido de la ganzúa y de la lima mordiendo el hierro de una cerradura.

Ella quiso evitar el robo y se arrojó de la cama.

Hubo un instante en que los dos cuerpos rodaron enlazados.

Gimió la mujer.

Y el hombre, con las manos tintas en sangre, alzóse del suelo y desapareció en la noche.

## EPÍLOGO

El castillo de Camargo, que durante dos años ha permanecido cerrado, con sus habitaciones a obscuras, sumidas en la noche de su soledad y de su silencio vuelve a resonar con las voces de su dueño. Pero ahora en sus estancias hay una mujer que deja en ellas el perfume de su bondad y los trinos de su risa y un niño que, de cuando en cuando, llena la casa con sus gritos. Y parece como si las piedras del viejo castillo se remozasen albergando a sus moradores.

En las mañanas de sol, cuando el cielo viente sobre las torres almenadas la gloria de su luz, es frecuente ver a un hombre rectio, de porte altivo, que mira hacia el lejano horizonte y abre sus brazos como si quisiera estrechar en ellos a la Naturaleza que extiende ante sus ojos el goce de los campos florecidos, de los prados cubiertos de muelle hierba esmaltada de margaritas y de los bosques llenos de rumores...

Este hombre es el conde de Horoga.

Todas las tardes él y su mujer pasean por su hacienda. No se separan nunca. Si ella siente fatiga se apoya en él y el conde pone sobre su esposa una mirada acariciadora...

Todas las noches cuando el cielo suelta las barcas luminosas de las estrellas para que boquen por el azul, en los jardines del castillo se oye un murmullo de besos...

Y a veces las palabras saltan en el silencio como el *pizzicato* de una sonatina.

El conde dice siempre lo mismo:

—Luisa... mi Luisa...

Le tiembla la voz al pronunciar su nombre.

—¡Luisa, creo en ti!

Y ella siempre le contesta de la misma manera:

—Pues bésame, amado mío...

Y así todas las tardes y todas las noches, en el castillo de Camargo un hombre proclama *El triunfo de la mujer*.

FIN

**SELECCIÓN C. C. P.**

EDICIÓN: LES FILMS LEGRAND

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS:

**LOS HIJOS DE NADIE** (3 ediciones)

**EL TRIUNFO DE LA MUJER**

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**

**!! DE RESONANTE ÉXITO !!**

